

FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS



ELDA

DEL 6 AL 9 DE JUNIO DE 1953

VIUDA DE NORBERTO ROSAS

ALMACEN DE CURTIDOS

REPRESENTACIONES

Hijo de Jaime Casacuberta

Suela Curtición Antigua

OLOT

La Papelera Española, S. A.

Cartón Cuero

MADRID

Central de Fabricantes de Papel

Papeles de Embalajes

MADRID

Viuda de José Baliu Badía

Suelas y Palmillas

IGUALADA

Enrique Clois

Badanas para Forros

VALLS

Curtidos Cendra, S. A.

Agamuzados

PALMA DE MALLORCA

José Pons Lladrés

Pisos y Tacones de Goma

PALMA DE MALLORCA

Antonio Palmés Beltrán

Suela Troquelada

IGUALADA

Hijo de José Cucarella

Charoles

BARCELONA

Viuda de Hijo de Constantino Sánchez

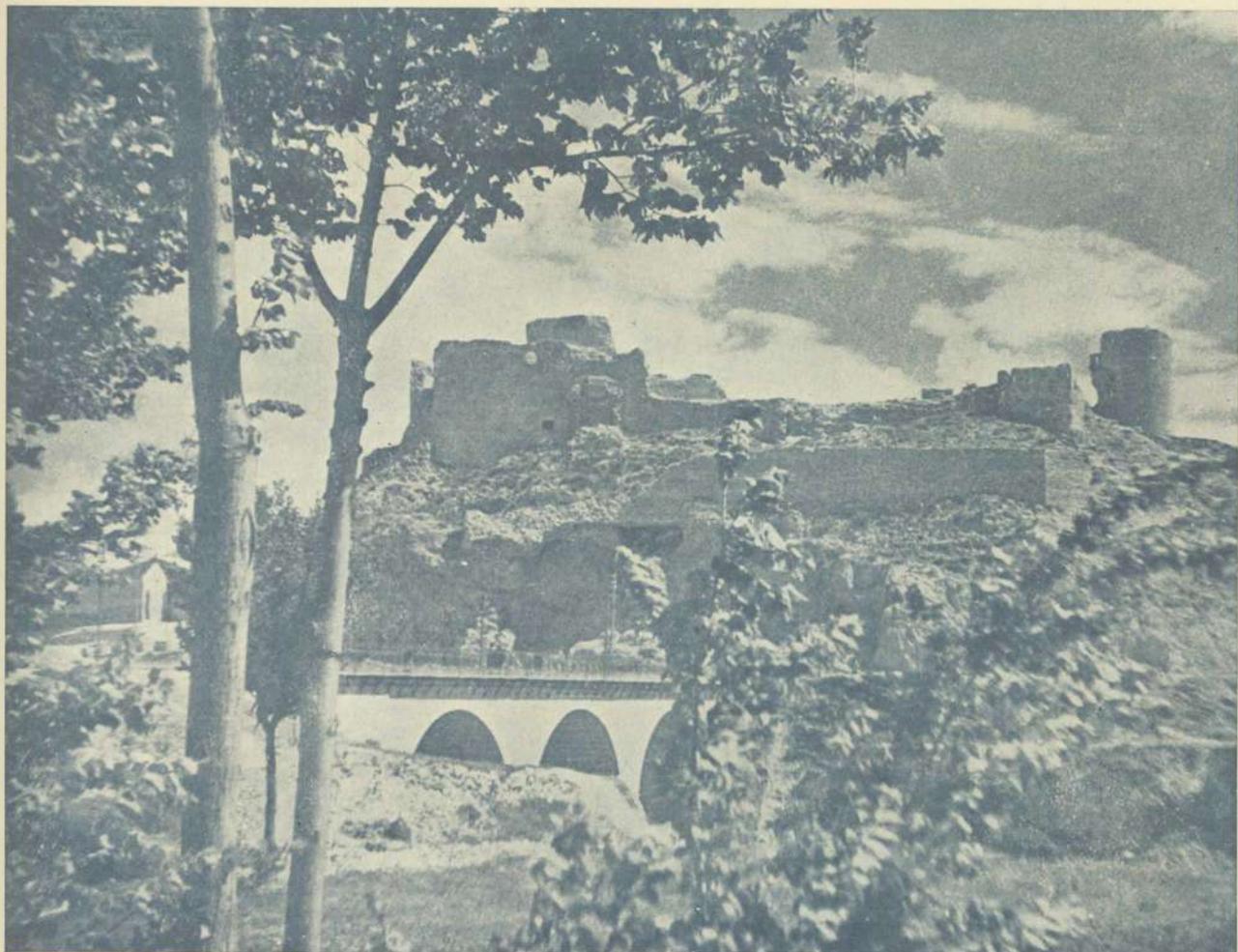
Artes Gráficas

ALMANSA

Generalísimo Franco, 12

ELDA

Apartado 61 - Teléfono 75



*B*ajo el palio de oro de la primavera levantina se abren, reventonas, a la caricia del aura popular estas vibrantes flores de tradición que son las Fiestas de Moros y Cristianos, cuyo recio aroma de pólvora quemada enciende la sangre y solivianta la fantasía en un cálido desbordamiento de gracias y de ritmos.

Soberbio y palpitante ramillete de remozada poesía medieval que Elda recoge este año también, para esparcirlo, con el espíritu embelesado de rútilos recuerdos, en torno a la familiar imagen de San Antón, el santo humilde que acogió las tribulaciones y los gozos de los cristianos viejos de la vieja Elda, cristiana y morisca.

Otra vez en este año de 1953, con tesonero afán de dar pervivencia a esta hermosa fiesta, tan española y tan cristiana, volverán a florecer, en férvida eclosión, las rotundas rosas de los arcabuzazos por las desveladas calles de Elda. Y al influjo viril de la pólvora, y a la vista deslumbradora de los brillantes cortejos, cada uno de los eldenses sentirá cómo se sublima en él en estos días áureos, el santo orgullo de pertenecer a la raza de aquellos cristianos y de aquellos moros que supieron hacer de España una inacabable teoría de las más radiantes epopeyas.



Absorta nuestra fantasía en los esplendores épicos de los claros caudillos de aquel tiempo de moros y cristianos, nos volvemos en gesto de respetuosa y entrañada devoción hacia nuestro Caudillo de hoy, Generalísimo Francisco Franco, a quien, agradecidos, dedicamos todos nuestros desvelos por el esplendor de esta fiesta de «Moros y Cristianos».

Al mismo tiempo, nos honramos expresando públicamente nuestra adhesión a los que con él colaboran, cerca de nosotros, en las tareas rectoras:

Excmo. Sr. D. Jesús Aramburu Olarán, Gobernador Civil y Jefe Provincial del Movimiento

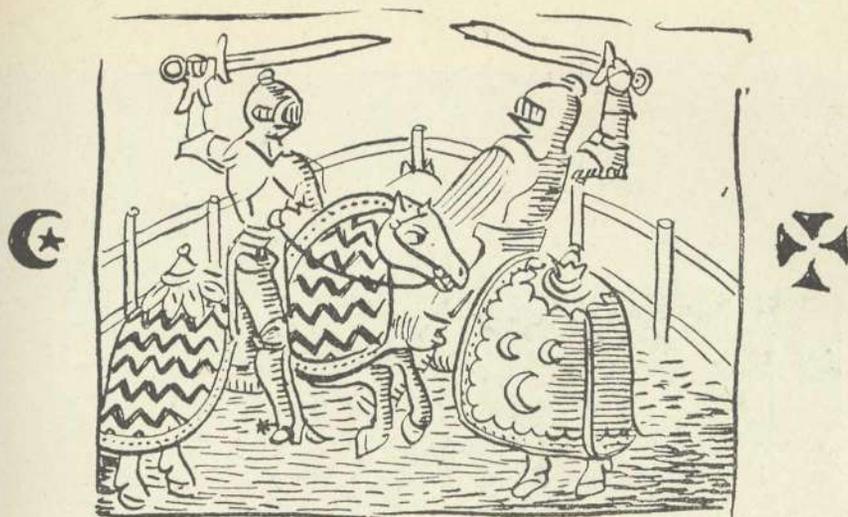
Excmo. Sr. D. Juan Asensio Fernández-Cienfuegos, Gobernador Militar de Alicante

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. José García Goldáraz, Obispo de Orihuela

Sr. D. José Martínez González, Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Elda

Sr. D. Manuel Esteve Puche, Jefe Local de F. E. T. y de las J. O. N. S.

Rvdos. D. José María Amat Martínez y D. Antonio Cerdán Pastor, Curas Párrocos de Santa Ana y San Agustín, respectivamente.



Romance de la Hidalguía

CERCADOS de medias lunas
ebrias de rojas venganzas,
avizorando la muerte,
tensas el alma y la espada,
un puñado de cristianos
entre los muros de Alhama
beben vientos de epopeya
al filo de una hora trágica.

Los manda el Marqués de Cádiz;
nadie mejor los mandara;
que es mozo el más aguerrido
de la estirpe castellana.

Romances de plata y sangre
van cantando las hazañas
del joven Marqués, que dicen
que al Cid Rodrigo igualara.

Fué en el cuenco de una noche
aullante y desorbitada.

Con un puñado de bravos
entró en tierras musulmanas
y, desmochadas tres noches
de desvelo, se encontraban
junto al ingente castillo
de Alhama, la bien nombrada.

Se acercaron sigilosos
a las altivas murallas;
aprestaron los puñales;
enardecieron las almas
humedeciendo los labios
con una oración cristiana;
se agigantaron los bríos;
se lanzaron las escalas...
y antes que huyera la luna,
antes que asomara el alba,
prendido en sucios turbantes
por las laderas rodaba
un largo y rojo rosario
de cabezas musulmanas.

*Y el viento rizó suspiros
de un rey moro que exclamaba:
¡Ay de mi Alhama!*

¡Ay! Pero un ronco alarido
de fanática venganza,
huracanando los vientos,
estremeciendo montañas,
prendió en alarma de guerra
todo el reino de Granada.

Clamaron, locos de urgencias,
mil añafles de plata;
mil estandartes lunados
enverdecieron el mapa,
y un desbordado torrente
de venganzas musulmanas

se apretó en torno a los muros
de Alhama, la bien llorada.

*Ya no se oyen los suspiros
del rey moro que exclamaba:
¡Ay de mi Alhama!*

¡Bizarro Marqués de Cádiz,
qué loca fué tu arrogancia!
Adentrado en tierras moras
clavaste con ciega audacia
una espina en el Corán
y una cruz en las murallas.
¿Pero quién te acorre ahora,
cercado de cimitarras,
tan cerca las huestes moras,
tan lejos ¡ay! las cristianas?

Sólo hay un hombre, Marqués,
que, si tu orgullo amainara,
salvar vuestro honor pudiera
con el brío de sus armas.
Sólo un nombre que en tus labios
tiene quemor de cantáridas.
Lo sabes; nunca se olvidan
dardos que al honor alcanzan.
El de Medinasidonia,
el Duque que te afrontara,
el anciano a quien un día
juraste dar muerte aciaga;
el que envenenó de un odio
feroz tu vida lozana;
sólo ese guerrero, el Duque,
si tu orgullo se humillara,
puede salvar vuestras vidas
en estas horas amargas.
Pero tu orgullo es de roca,
y las rocas no se ablandan.

*Por eso hierve en sarcasmos
el moro que suspiraba:
¡Ay de mi Alhama!*

Con lágrimas de mujer
que es esposa y es cristiana
le llega al anciano Duque
una premiosa demanda.
Brillan, de acero, sus ojos;
destellan de honor, sus canas;
en su pecho una tormenta
de instintos fieros se agranda;
que el Duque tampoco olvida
lo que el Marqués le jurara.

Pero recuerda también
que es caballero y cristiana
la sangre que llevan ambos
en puja de hombría hidalga.

Y convocando a los suyos
al son de impaciente alarma,
y alistando mesnaderos
con generosa soldada,
y remozando sus años,
y ennobleciendo sus canas,
vuela el Duque a dar su vida
por salvar la vida y fama
idel que ha jurado colgarle
de una almena, la más alta!

*Se hacen clamor los suspiros
del rey moro que exclamaba:
¡Ay de mi Alhama!*

¿Qué anuncian los centinelas
en la empinada atalaya?
¿Qué es aquello que a lo lejos
brilla como un mar de plata
entre una nube de polvo
y un retumbar de cascada?
¿Santiago? ¿El guerrero apóstol
que en son de milagro avanza?
¡Santiago, sí! Ningún otro
podiera intentar la hazaña.

Por eso un miedo de muerte
muerte en la horda musulmana,
y en loco tropel los moros
huyen hacia las montañas.

El Marqués de Cádiz reza,
y sus hombres vierten lágrimas.

*Y otra vez se oyen suspiros
del rey moro que así exclama:
¡Ay de mi Alhama!*

Ya se acercan; ya se acercan
los que, cual rayos, cabalgan.
De asombro el Marqués de Cádiz
tenso en una barbacana,
quiere ver quién acaudilla
las raudas huestes cristianas,
a quienes debe la vida
y el prestigio de sus armas.

Y queda helada su sangre,
se queda su frente pálida,
pálido el noble semblante
con palidez de alba estatua,
cuando ve que viene al frente
de las valientes mesnadas
¡el Duque, a quien él juró
colgar en la horca más alta!

Baja el Marqués a su encuentro;
la cruz sus brazos alarga;
que hay en el aire un prodigio
de hidalguías castellanas.
¡Frente a frente los rivales
cabe los muros de Alhama!

Alarga el Marqués su mano.
Ni un gesto; ni una palabra.
Por esa mano tendida
todo su orgullo se escapa,
y la roca de su pecho,
aunque era roca, se ablanda.

Y el Duque, como si abriera
su insignia de Calatrava,
abre, cristiano, sus brazos;
con tierno abrazo lo abraza,
bajo un nimbo de silencio
bruñido en plata de lágrimas.

¡Eran así los guerreros,
y así el temple de la raza!

*Por eso el romance cuenta
de un rey moro que exclamaba:
¡Ay de mi Alhama!*

Abanderadas



Montes enhiestos y azules
como endurecidas lágrimas
que circundáis nuestro Valle
con ternura de pestañas;
agua en la roca dormida;
ave en topacios del Alba;
viento rosado del Véspero;
nota errante de campana...;
flores, estrofas de sol
en la tierra desterradas;
lágrimas de soledad
iridisando la calma...;
celajes, velos del cielo;
estrellas, ígnoras almas...;
asomaos al valle de Elda,
a ver las Abanderadas.

Abejas de oro, dejad
las flores de la montaña;
hay más néctar en los labios
de nuestras Abanderadas.

Una es paloma sin límites
en transparencias ingravidas;
otra es remanso de estrellas
temblorosas de alborada;
esta es miel delicuescente;
aquella es ritmo de llama;
ésta, palma sin orillas
en meridianos del alma...

¡Torrentera de hermosa!
¡Núbil collar de la gracia!

Francisco Mollá Montesinos





Zingaros



SON los Zingaros la Comparsa más joven de la Fiesta. Irrumpieron en ella cuando ya contaba tres años de existencia, llenándolo todo con el nuevo ritmo de las panderetas y la alegre llamada de sus trajes multicolores.

En Diciembre de 1947, llegan a una feliz realidad las animosas esperanzas de sus socios fundadores (Manuel Maestre, Julio Vera, Genaro Vera, Tamayo, Arellano, González, Peñataro y otros), y la nueva Comparsa queda constituida. Está ya en pie el audaz proyecto; una original Comparsa, —inédita en el ámbito nacional de la Fiesta— hace su aparición en el Valle de Elda, asombrando a las montañas con los ecos de sus risas y sus canciones. En Enero de 1948 es bendecida la bandera. La madrina, Srta. Laura Rosas, hizo entrega

a los Zingaros de su flamante enseña, y les dió, con ella, la nueva fe de comparsistas y cruzados.

Los tibios soles de Mayo se hicieron ardorosos para abrazar a esta bandera que florecía por vez primera, entre sus gentes, allá en la primavera de 1948. Era la primera salida oficial de la Comparsa. Las calles se llenaron de rumor cascabelino de su paso, y un estruendo de aplausos fué la trayectoria de su caminar vibrante en el desfile.

Recuerdo que esta estampa sugestiva, de color y de belleza, nos hizo soñar un poco... Zingaros, húngaros, tziganes... pueblo errabundo y aventurero, prendido su porvenir en el sortilegio de los naipes que una mano morena va descifrando, sembradores a voleo de armónicas melodías por los caminos serpenteantes, enamorados eternos de las luminarias que se encienden en la noche, bravos y gallardos en sus luchas de tribu, y rendidos y sumisos bajo la mirada acariciadora de unos ojos negros...

Desde entonces hasta aquí... ¡cuántas alegrías, cuántas preocupaciones y cuántas luchas por el porvenir de la Comparsa!

Tres Capitanes (Luis Bernabeu, José Peñataro y Pedro García) han conducido a los Zingaros en el fingido azar de la «guerrilla», y tres abanderadas (Angelita Peñataro, Maribel Maestre y Manolita Rizo) dieron escolta de honor y belleza a la bandera. A esta bandera, cargada de nostalgias, que no puede olvidar el encanto de sus antiguas portadoras, hasta que no recibe en su seda estremecida el beso y la caricia de la nueva abanderada.



Elda musulmana

EN estas fechas jubilosas en que nuestra Ciudad celebra sus fiestas de Moros y Cristianos como un pórtico luminoso de su animada vida estival, creo oportuno traer a colación a los verdaderos moros y cristianos que bajo la sombra del mismo poderoso Cid que hoy contempla nuestros afanes, desarrollaron la cinta cinematográfica de sus fabulosas luchas de siglos.

En todo el vergel levantino, con sus umbrías y verdes incitantes para los ojos abrasados de arena de los beduinos, solamente ha quedado un pequeño territorio donde aun se reza a Dios. Es el Reino de Tudmir-ben-Abdush, el Duque Teodomiro de la leyenda, que, mediante un habilidoso engaño, ha conseguido del noble Abd-el-Aziz la inviolabilidad de sus ciudades, quedando bajo tributo. Una de estas ciudades es Elda, la *Al* del código escurialense que contiene el tratado.

No podemos, en este breve espacio de que disponemos, entrar en liza con los autorizados historiadores que colocan en diversos puntos del territorio levantino esta ciudad, una de las siete de Tudmir, y preferimos dejar esta explicación, necesariamente extensa, para otra mejor ocasión.

Aquella apariencia de integridad y soberanía del reino de Tudmir fué mantenida hasta que en 779 la hizo trizas Abderramán I en represalia de que los cristianos del territorio habían apoyado el desembarco de una expedición de sus enemigos Abasidas en los mares de Denia y Elche. Abderramán ocupó las ciudades godas, desterró a las familias

cristianas dejándolas sin sus bienes y repartiéndolos entre los árabes que desde lejanas tierras venían sin interrupción a poblar las paradisíacas comarcas españolas. Desde entonces el territorio excitó la rivalidad de los reyezuelos árabes y cambió de dueño innumerables veces, perteneciendo a los Reinos de Murcia, Almería, Denia y Valencia bajo la férula de los monarcas almohades y almoravides que ensangrentaron nuestro suelo y cooperaron involuntariamente a la tarea reconquistadora de los guerreros cristianos.

A mediados del siglo IX ya estaba islamizado este territorio y sus villas contaban ya con «caides» o jueces eclesiástico-civiles, «aljamas» o ayuntamientos o mezquitas. La de Elda estaba precisamente donde hoy se levanta la Iglesia Parroquial de Santa Ana y comprendía un cuadrilongo que iba desde la Puerta Mayor de la Iglesia desaparecida en 1936, hasta las pilastras del crucero, sin incluir las capillas del Stmo. Cristo y de la Virgen, añadidas en el siglo XVIII. Lamberto Amat sostiene la existencia de moradores cristianos entre los colonos árabes basándose en los libros llamados «de Hacienda» del Archivo Municipal en los que se hace separación de las tierras y aguas de riego con el nombre de «Naturales» que poseían dichos cristianos y que estaban exentas de gabelas, pechos y otras exacciones con que fueron gravadas las que al tiempo de la Reconquista pertenecían a los musulmanes.

En el año 921, el Rey Ordoño II de León, furioso por las victorias de Abderramán III, cayó sobre lo que había sido «Reino de Tudmir» y arrasó sus ciudades a sangre y fuego. El «Cronicón de Sampiro» nos dice que «en los primeros tiempos de su campaña arrasó los términos, puso fuego a la antiquísima Elif (Ello) y despedazó y redujo a escombros su altiva fortaleza». El pacífico valle sufre en 1073 otra acometida de las mesnadas castellanas que audazmente se van adentrando cada día más en las tierras musulmanas.

Pocos años después surge la figura legendaria, casi mítica, del Cid Campeador, cuyas correrías por tierras de infieles le traen a este territorio donde realizó mil proezas y «fué a guerrear al señor de Denia e de Xativa: e embiaba cada di sus algaras a correr tierra e fizoles mucho mal e muchos quebrantos de guisa que dende Origuela fasta Xativa nos fincó pared en fiesta de puebra ninguna que todo non lo astragó e tenía y gran robo ayuntado de cativos e vacas». (Crónica General, edición de Ocampo, fol. 321, v).

D. Elías Abad Navarro, en su obra «El Castillo de la Mola de la Ciudad de Novelda» supone, fundado en esto, que el Cid hostigó los castillos de la Mola y los de Elda y Petrel, inmediatos a la sierra del Cid, así llamada por la creencia popular de que éste tenía allí su campamento para atalayar los valles de Elda y Novelda y extender sus miradas hacia los dilatados parajes que desde allí se contemplan. Bendicho en su «Crónica de Alicante» abunda en esta creencia y Maltés en su «Illice ilustrada» llega a manifestar, reservándose sus dudas

sobre tal suceso que, «según tradición común que se conserva en estas tierras el Cid murió en el año 1098 en una de las sierras de este término, tres leguas distante de esta ciudad hacia el término de Agost que hoy se llama Sierra del Cid». El petrelense Miguel Amat Maestre también se hace eco de esta presencia cidiana en nuestras tierras desde las páginas de su romance histórico «Don Jaime el Conquistador» e incluso en Petrel hemos hallado una leyenda totalmente fantástica en la que se cuenta que el Cid acabó con el «ominoso tributo de las Doce Doncellas que los oprimidos pobladores del Valle tenían que entregar a la concupiscencia agarena». (Semanao «Juventud», Petrel, 1927).

En el primer cuarto del siglo XIII nuestro valle era una región de hermosura radiante, que inspiró al poeta Ibn Hazún los versos de su «Poema Milenario» dedicado a la tierra de Tudmir que describen la antigua Elif y en los que la canta como «deleite peligroso de los hombres» y se goza presentándola como «mansión de la hermosura, punto de reunión de todo cervatillo o mancebo enamorado y de todo pretendiente, y lugar donde ojos tiranos suspenden y extasían el corazón...»

Pero ya las familias musulmanas que gozaban de la esplendidez de nuestro suelo tenían serios motivos para vivir temerosas, a la par que los viejos cristianos, los mozárabes, que convivían con ellos humillados y vejados continuamente, miraban con ojos agrandados por el júbilo el inmediato porvenir rosado. Fernando III de Castilla por un lado y D. Jaime I de Aragón por otro, continuaban asediando rudos golpes a los ya casi vencidos moros. El poderío árabe en la Península se tambaleaba, y sólo quedaban algunas zonas sujetas a su dominio, en las que las rivalidades de sus reyezuelos, las intrigas de sus caudillos y la descomposición de su población, desunida por distintas creencias religiosas preparaban la total capitulación a los ejércitos de la Cruz. La sangrienta escaramuza librada por los guerreros catalanes de D. Ramón Folch, vizconde de Cardona y D. Artal de Alagón en Villena y Sax, en la que recibió la muerte el de Alagón, trajeron el fragor de la guerra más cerca de nuestro valle. Las guardias situadas en la atalaya de la Torreta, en la torrecilla fortificada de la que tomó nombre el monte y cuyas ruinas y paredones todavía se yerguen hoy, no se darían reposo en su vigilancia. Unos movimientos sospechosos en los accesos al valle que se abren por la planicie de Sax, por la accidentada geometría petrelense o por la ruta que bordeando la sierra de Kamara va a la laguna de Salinas; un aviso lanzado desde el nido de águilas que es el castillo de Sax y enseguida las fortalezas de Elda, Petrel y Monóvar se hallarían alertas y dispuestas para el combate, avisadas por la estratégica atalaya de «La Torreta».

Pero esta formidable tensión se apaga y decrece. Por las callejas retorcidas de la Elda mora corre la noticia de que el Rey de Murcia Aben-Hudiel ha comprado la protección del Rey de Castilla mediante tributos y vasallaje; y aunque este tratado lo han repudiado algunas ciudades, ha sido acogido

entre la morisma con satisfacción, ya que sus términos son honrosos y le protegen de sus poderosos enemigos, los ejércitos granadinos y las mesnadas aragonesas. Mariano Gaspar Remiro dá como fecha del vasallaje la del 2 de Abril de 1243, mientras que Cascales, Abad Navarro, Ibarra y otros afirman que fué en 1241, dato que no es tan importante como para provocar una seria investigación. Según dice el citado Gaspar Remiro en su «Historia de Murcia Musulmana» (pág. 296) «al declararse Murcia vasalla de D. Fernando no se privaron los musulmanes de la gobernación de las ciudades y villas de su región, ni consintieron que aquél las llenase de guarniciones cristianas; dicho vasallaje se redujo, en sustancia, a comprar la paz y el protectorado de Castilla».

El primer Señor que tiene Elda como tal Señor y representando a una autoridad cristiana es el caballero D. Guillermo el Alemán, a quien en 15 de Abril de 1244 el infante don Alfonso, con el consentimiento del rey D. Fernando, su padre, dona el castillo y villa de Elda, con todas sus pertenencias, haciendo éste el pleito homenaje al Rey y prometiendo hacer con él guerra y paz y que siempre pertenezca al Señorío Real. (Arch. Hist. Nacional, Uclés, 118-2).

Poco tiempo después la villa y castillo fué entregada a la Orden de Santiago en la persona de su Maestre D. Pelayo Pérez, canjeándose en 14 de Abril de 1257 por la villas de Aledo y Totana, para entregar nuestra Elda junto con otras amplias regiones del reino de Murcia a su hermano el infante D. Manuel. (Arch. Hist. Nal.-Santiago-Uclés, 50-1-2).

El señorío prolongado de este infante al que ya siguen diferentes nobles señores, damas, príncipes, reyes y reinas, puede cerrar este capítulo de la Elda musulmana, aunque no cierra la época ya que en realidad prosigue hasta la expulsión de los moriscos en 1609 y la subsiguiente repoblación de cristianos viejos de acuerdo con la Carta-puebla de 1611.

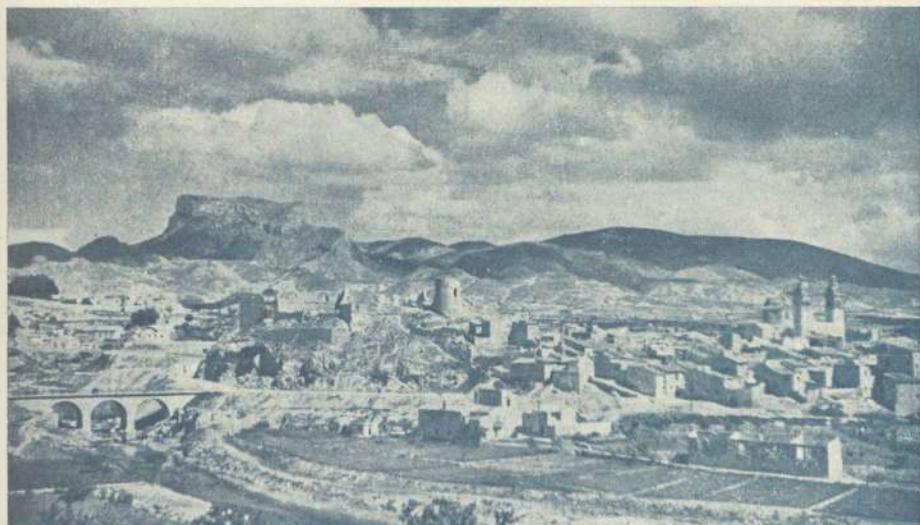
* * *

Por no alargar excesivamente este artículo, de por sí muy interesante para los hijos de Elda que quieran conocer los hechos de nuestros antepasados, he suprimido de él cuantas notas adicionales pudieran prolongarlo, sacrificando a la concisión buena parte del material que este capítulo requiere. Por ello también he suprimido las notas bibliográficas, sin las cuales, un texto histórico tiene escasa validez ya que se queda todo lo expuesto por el autor a la mayor o menor confianza que su autoridad y solvencia inspiren. Sin embargo no quiero dejar de citar algunos libros de los que más me han servido para este trabajo y cuyos autores y títulos son los siguientes:

Elías Abad Navarro: «El Castillo de la Mola de la Ciudad de Novelda». / Mariano Gaspar Remiro: «Historia de Murcia Musulmana». / Lamberto Amat: «Elda, su antigüedad e Historia (manuscrito inédito)». / V. Martínez Morellá: «Castillos y fortalezas de la provincia de Alicante». / Levy Provençal: «España Musulmana», etc.

Alberto Navarro Pastor

La patria chica



NO es difícil conocer la psicología de un pueblo, cuando se trata del eldense; es decir, cuando posee un alma grande y abierta a todas las influencias exteriores. Pero no sería fácil soslayar el amor patrio como uno de los rasgos más salientes de su idiosincrasia, sentimiento arraigado por ley natural en todos los pueblos, pero que se manifiesta aquí de manera especialísima y elocuente.

No habrá escapado a la percepción de cuantos visitan Elda o hayan conocido fuera de ella a un eldense, el orgullo que éste siente al proclamar su condición de tal y el afán con que busca la menor coyuntura para hablar con entusiasmo de su pueblo y de cuanto encierra; de su original temperamento, de su desarrollo urbano e industrial, de su moderno género de vida. Prestadle un poco de atención y veréis iluminársele el rostro y entregárseos abiertamente. ¡Maravilloso fenómeno, producto inextinguible de los hijos de esta tierra, que les honra y caracteriza de un modo excepcional! Mi condición de ser nacido en otras tierras, (y enemigo de la adulación) rubrican la imparcialidad del panegírico.

Otra afirmación ineludible, que los hechos refrendan a cada momento y que podrá constatar cualquiera que conozca poco o mucho a Elda, es que atesora otra cualidad en grado superlativo: la de pueblo acogedor y hospitalario por excelencia, conceptos a los que sería imposible sustraerse por muy diversos que sean los motivos que conducen a esta ciudad, ni por corta o larga que sea nuestra estancia en ella; el ambiente no tardará en envolvernos, prestándonos el calor y simpatía tan difíciles de hallar en otros lugares. Así el forastero en Elda, siendo objeto de las mayores atenciones y cultivado con especial cariño, se convierte muy pronto en un eldense más y, por ende, en propagandista de su adoptiva patria chica.

Estas consideraciones, que encajan perfectamente en el marco de la realidad, encierran una conclu-

sión irrefutable: que los eldenses con esta laudable política van acumulando, día tras día, elementos de todas procedencias (independientemente de lo que atañe a la demografía o potencia industrial), al acervo de su causa: que si llevan el amor patrio en el corazón, no lo reducen a un sentimiento estéril, sino que procuran darle forma y traducirlo en realidades, contribuyendo así al engrandecimiento moral y material de Elda. ¿Cabe una interpretación más justa y humana del patriotismo?

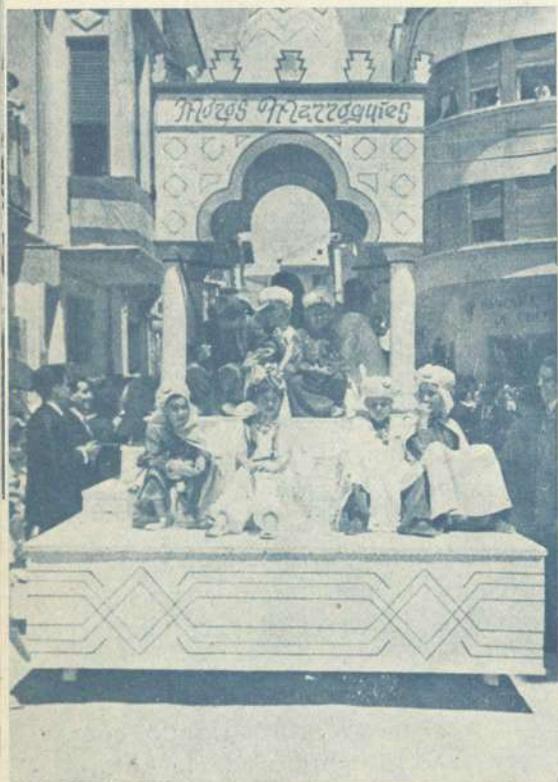
Bien sabemos que en los grandes núcleos urbanos y conglomerados industriales, que de por sí constituyen centros de inmigración, el crecimiento de población originaria de otras zonas es continuo; mas por desgracia, en muchos casos este sector no tiene más valor que el intrínseco ni otra significación que la que a la estadística concierne, porque al faltarle el aglutinante de la hospitalidad, la unión espiritual queda frustrada. Y así se llega a un punto de intransigencia y hosquedad que provoca sentimientos de antipatía y la aspereza de trato impide de manera ineluctable la buena convivencia.

Y es que, lamentablemente, existen individuos y pueblos que consideran el patriotismo como sinónimo de xenofobia y le rinden culto encastillados en un vicioso círculo de recelos y egoísmos. Pero aquí se entiende de otra manera muy distinta, se tiene un concepto más amplio, practicando con sencillez y espontaneidad las normas de la hidalguía, pilar inmovible de la grandeza moral de un pueblo.

¿Es posible ser patriotas «cien por cien» dentro de un ambiente cosmopolita? ¿Pueden subsistir conjuntamente el patriotismo y la simpatía por las cosas o personas extrañas? La respuesta, tan categórica como ejemplar, nos la dan los eldenses, que pueden ostentar con orgullo y como privilegio exclusivo, el pabellón de las virtudes cívicas.

Sobre el agitado mar de los negocios, —donde pone de relieve su pericia este pueblo laborioso y avanzado— y entre la densa atmósfera del mercantilismo, refulge como el astro solar esa mezcla de virtudes, cual tesoro valioso de su personalidad señera.

¡Qué lección tan maravillosa de patriotismo nos brinda este pueblo de temperamento excepcional! Y de qué modo tan tesonero como libre de prejuicios contribuye a esparcir y dar prestigio al nombre de su ciudad: sin imposición ni soberbia, sino con simpatía y tacto inigualable.



Moros Marroquies



ACE dos años, cercanas las fiestas de Moros y Cristianos, las antenas de Radio Elche difundieron las notas de un pimpante pasodoble, que contribuyó grandemente a popularizar entre los radio-oyentes de toda la comarca nuestra fiesta.

El «¡Pedro, Pedro Díaz!» llegó a ser pregón y embajada alegre de los festejos eldenses, y puso un detalle nuevo en el marco de ellos.

Y no debió ser por el pasodoble en sí: quizás los haya más inspirados o de más calidad artística; pero éste llevaba una chispa especial, un algo, que dijo más a los oyentes que cualquier pregón hablado.

Mahoma, desde su tumba ingrávida, debió enviar su soplo inspirador al autor del bizarro cántico... porque solo así se explica la creación de dicho pasodoble, compuesto por un Moro Marroquí, dedicado a otro excelente Moro Marroquí, y conteniendo en sus compases la gallardía de la Comparsa de los Moros Marroquies.

Es ésta de las fundadoras de la Fiesta, puesto que desde el año 1945 viene lanzándose a la calle, con brío renovado, todas las primaveras; sus organizadores fueron D. José M.^a Juan, D. José Vera Millán, D. Manuel Tamayo y D. Pedro Díaz, quienes hoy contemplan satisfechos, como fruto espléndido de la obra que impulsaron, la realidad tangible de una nutrida y floreciente Comparsa.

Con sus ricos atavíos marroquies, sus largas barbas, sus turbantes enjoados, y sus flamantes capas, forman un grupo insustituible en los desfiles, a los que dan magnificencia y brillantez.

Cuando llena la calle con sus huestes, flameando al viento la bandera de la Media Luna y las airosas capas blancas, es como un trozo vivo del Romancero, de cuando hombres de faz barbada y morena levantaban Alcázares y Mezquitas en las ciudades de nuestra España...

Fueron Capitanes de la Comparsa D. José Vera, D. José M.^a Juan, D. Manuel Ochoa, D. Silvino Martínez, D. Pablo Maestre y don Pedro Díaz.

Y enarbolaron su bandera, sucesivamente, Paquita Juan, Manolita Juan, Asunción Herrero, Angelita Díaz y Hortensia Román.



FOTO O. PORTA

Lo exótico no encajará en puro rigor histórico con el sentido evocador que tienen nuestras fiestas. Pero aumentan su colorido, y las hacen más sugestivas y deliciosas. Diríase que la fama de nuestros vistosos simulacros ha llegado hasta el corazón de África, de donde nos vienen, en alborozada embajada, estos alabarderos del *Mau-Mau*, para tomar parte en la fiesta eldense de leyenda y de fantasía.

Cinco trajes de contrabandistas

VIVIA en Ronda un señor, al que llamaremos don Mario, muy amigo del buen vivir y de la buena broma.

Poseedor de una lujosa tienda de calzado, sus relaciones comerciales con Elda eran estrechas y cordiales. Su seriedad mercantil —que contrastaba con su jocosidad personal— le ganaron las simpatías de nuestros fabricantes y viajeros, hasta el extremo de ser invitado, cierto año, a las fiestas de «Moros y Cristianos». Vino gustoso y se marchó entusiasmado. Su verbo andaluz se derrochaba luego en cálidos requiebros a la belleza de nuestras mujeres y a la suntuosidad de la fiesta que le había conquistado.

Un buen día, le trajo el correo una carta de Inglaterra. Antes de abrirla supo que era de los Smith. Iban a venir a España y, naturalmente, sería Ronda la primera ciudad que visitaran. A don Mario le alegró la noticia. Ciertamente le mortificaba un poco la ingenuidad de la pareja en lo que se relacionaba con las cosas de España. Cuando estuvo en Londres tuvo que asegurarles formalmente que el traje de luces lo usaban los toreros únicamente durante la lidia y que, de ninguna manera, era el traje nacional de los españoles. Para los Smith España era un país primitivo, cuyo principal atractivo era la bárbara belleza de sus instituciones y costumbres.

Don Mario se levantó del sillón, animado por súbita idea. Había que darles una amable lección a aquellos ingleses, desterrando de sus pensamientos aquella España de pandereta. Pediría a Elda unos cuantos trajes de la comparsa de Contrabandistas. Con ellos, y la colaboración de algunos amigos bromistas, daría una buena sorpresa a los ingleses. ¡Menudo susto se iban a llevar cuando fueran asaltados en plena sierra por los bandoleros fingidos! De seguro que luego, cuando se aclarasen las cosas, comprenderían la oculta intención de la broma y dejarían sus ridículas creencias.

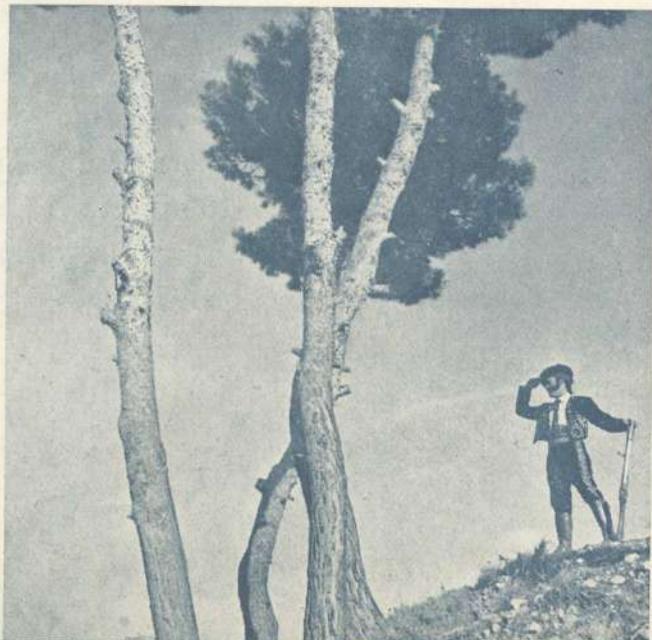
Cuando, después de recibirlos en la estación de Montejaque, recorrían con el coche de don Mario las sinuosidades de la montaña, le era difícil a éste ocultar el regocijo que bailoteaba en sus ojos. Y mucho más difícil cuando en una de las curvas del camino sur-

gieron los cinco «bandoleros». Las patillas postizas y los niquelados trabucos apuntaban a los ingleses. Su gesto era terrible y conminatorio. Con los brazos en alto, salieron del coche don Mario y los Smith; éstos, pálidos y asustados; aquél, conteniendo a duras penas las fuertes ganas de reír. Los Smith estaban resignados, considerando todo aquello como la cosa más natural que podía sucederles en España. De pronto empezaron a palmotear, regocijados, mientras a don Mario se le helaba la contenida risa. Detrás de los «bandoleros» una pareja de la Guardia Civil había aparecido amenazándoles con hacer fuego si no deponían las armas. No es para describir la sorpresa de la cuadrilla. Pálidos como muertos, se dejaron maniar y emprendieron, en reata, el camino de Ronda. Don Mario había intentado, sin ningún resultado, convencer a la Guardia Civil de que todo aquello era una broma. Los Smith no comprendían nada de nada. Sus escasos conocimientos de nuestro idioma les llevaron a sospechar de don Mario, al que veían discutir con los guardias y tratar de consolar a los afligidos «bandoleros». Pero, por fin, en presencia del señor juez todo quedó aclarado. Los «salteadores de caminos» fueron puestos en libertad, ante el asombro de los ingleses que, no comprendiendo una palabra de todo aquello, formaron un pésimo concepto de la justicia española. El juez apostrofó severamente a don Mario haciéndole pagar una buena multa por la broma.

Aquella misma noche se marcharon los Smith. Los esfuerzos de don Mario para convencerles de que todo aquello era una broma habían fracasado. Los Smith se fueron convencidos de que el español estaba en combinación con aquellos bandidos de la sierra.

Y, ¿qué fué de don Mario? Don Mario se hizo tan serio que se saltaba las páginas de chistes de las revistas ilustradas. Ha vuelto a visitar Elda, pero no quiere ni oír hablar de la Fiesta de «Moros y Cristianos». No quiere recordar aquellos trajes de contrabandistas que vivieron una aventura de opereta en el marco soberbio y auténtico de la serranía de Ronda, pero que le costaron uno de los más serios disgustos de su vida en broma.

Juan J. Primo Guarinos



Navarros



ANIMADOS por la triunfal apo-teosis que fué la Fiesta en sus inicios, allá en 1945, un grupo de eldenses se agrupan en otra nueva comparsa que vigorice la fiesta y dé un ro-

tundo mentís a los que, incapaces de más altos empeños, auguran una pronta desaparición de la renacida fiesta. El símbolo que adopta esta nueva Comparsa es el de la heroica Navarra, la tierra que vió las primeras derrotas musulmanas en sus intentos de extender su mancha de aceite por toda la península y allende los Pirineos.

Su uniforme, —sencillo, recio, reflejo fiel del espíritu navarro—, es por completo diferente de las habituales vestimentas de la Fiesta: la típica boina roja o azul, rematada por airosa borla dorada; el peto de cuero en el que campean las heráldicas cadenas; el faldellín peculiar; las altas polainas y la sandalia frailuna; la capa azul que hace más gallardas sus figuras, todo él forma un conjunto inconfundible que dá variedad y policromía al calidoscopio de la fiesta eldense...

Evocadoras de las legendarias reinas navarras fueron las gentiles Abanderadas Paquita Coloma, Rita Casáñez, Manolita Navarro y Paquita Torres, que tremolaron año tras año la querida enseña de la Comparsa.

Y sus Capitanes desde su fundación han sido José Martí, José Ortín, Emilio Bellod Galiano, Emiliano Casáñez y Francisco Poveda.





Augurios alentadores que nos prometen un creciente entusiasmo por la magnificencia de nuestros JMoros y Cristianos. He aquí una pléyade de futuras abanderadas y de futuros capitanes que, cuando llegue su hora, nos dejarán tamañitos en entusiasmo por esta fiesta sonora y deslumbrante, que hoy se adentra en sus ojos tiernos con la magia irresistible de las bellas leyendas propulsoras de empresas generosas.





Contrabandistas



DESDE la iniciación de la Fiesta, viene poniendo esta Comparsa su peculiar colorido en el espectáculo multiforme de los desfiles de Moros y Cristianos.

Tiene personalidad propia, inconfundible; y cuando el primer jinete contrabandista aparece por la Calle Nueva, anunciando la llegada de los suyos, el público que contempla la Entrada sabe que su espera no ha de verse defraudada.

Tras de su Abanderada y Capitán, van apareciendo; primero, las hileras de la gente de a pie, con el traje clásico del

bandido andaluz, tocadas con el catite tradicional, ceñida la ancha faja de vivo color, la chaquetilla de terciopelo y el calzón ajustado, rematado en la polaina de cuero. Exhiben fenomenales vegueros, que no han saludado la Aduana ni de lejos, y avanzan bizarros, orgullosos, tal vez porque están seguros de que no ha de salirles al paso un mal carabinero que les pida cuenta de sus andanzas.

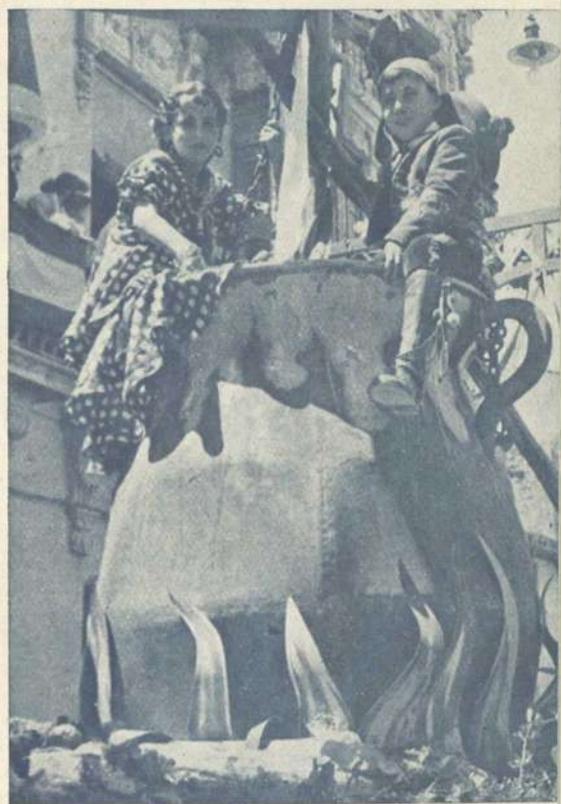
Y tras ellos empieza el desfile de las numerosas cabalgaduras, que llevan a lomos el «alijo». ¡Pero qué alijo, señores! Conducidas por patilludos mocetones, las pacientes mulas llevan a la grupa el peso liviano de guapas andaluzas, explosivas de gracia, de volantes multicolores y de sal meridional; mujeres audaces que no vacilaron en unir su suerte a la azarosa aventura de sus fieros acompañantes.

Cierra el desfile de la Comparsa una fenomenal Carroza, trasunto de la alegría andaluza: zambra ambulante, palmas y palillos, coplas al viento y taconeo nervioso de los bailaroes.

Son nueve años al servicio de la alegría popular en el haber de esta Comparsa, y aunque no han faltado en ella los momentos de apuro,— hay también épocas de crisis en el noble ejercicio del contrabando— de todos han salido con entusiasmo y decisión.

La Capitanía ha sido ostentada sucesivamente por don Enrique Chiquillo, D. Roberto Vera, (dos años), D. Salvador Fernández (1948 y 1949), D. Arístides Dolz, D. Juan Maestre y D. José M.^o Jerónimo (1952 y 1953).

Y contribuyeron a su realce las Abanderadas Elisa Antón, Blanquita Gil, (1946 y 1947), Remeditos Gosálvez, (1948, 1949 y 1951), P. Maestre y Socorríto Román (1952 y 1953). ¡Envidiable bandera, enarbolada por tan gentiles manos!



Elda a

VIENE usted, amigo mío, de Madrid. Viene usted pensando en Elda... Y su cerebro se llena de finas imágenes de zapatos femeniles.

Pero como en estos días de «Moros y Cristianos» nuestras fábricas están cerradas y nuestros obreros y patronos andan por ahí transformados en arrogantes morazos o en estudiantes de pega, sin más relación con los cueros que el contacto de la dulce bota, aliviadora de los largos desfiles, va usted a darse conmigo un tranquilo paseo por nuestra ignorada ciudad.

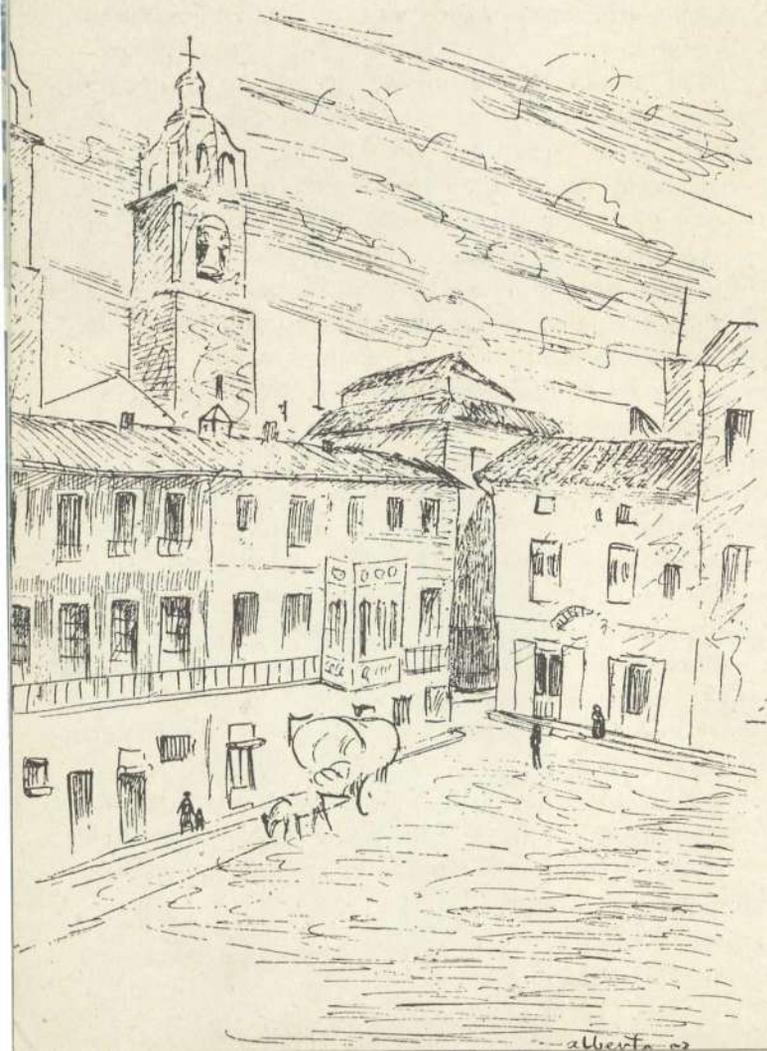
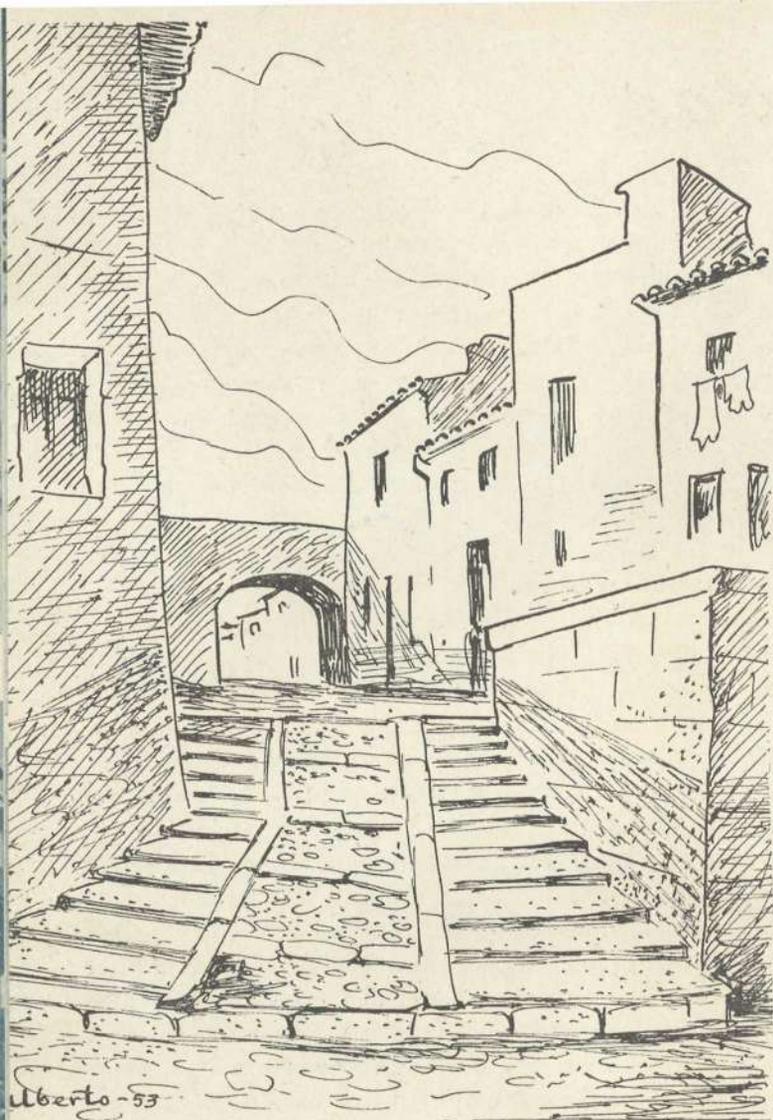
Tras un suave tobogán de asfalto, y en dulce connubio levantino, las altas copas adolescentes de unos pinos marineros junto a unos cipreses taciturnos se han adelantado a darle la bienvenida. Ya está usted en Elda.

Esta gran explanada ante la Cruz de los Caídos está a todas horas inconscientemente dolorida de ausencias. Ni un detalle queda ya de la vieja ermita de San Antón, del cementerio viejo donde reposan los cristianos de aquella Elda frailuna y procesionera, de la humilde Fuente de los Burros. Todo, hasta la protectora colina salpicada de chumberas, todo desapareció, como si la calle de Pablo Guarinos, henchida del orgullo de la nueva urbanística, hubiera soplado hacia arriba, barriéndolo todo con su soplo titánico.

Es afanosa esta calle, rotulada hoy con el nombre del General Aranda. De arriba a abajo parece una flecha lanzada en notable declive, cada vez más hundida, cada vez más estrecha, cada vez más desasosegada, hacia la mole gris de nuestro templo de Santa Ana. Es como una muchacha arrastrada por una vocación irresistible, mientras, tímidas y asustadizas, le estiran de la falda las breves travесías que la cruzan, umbrosas, anodinas, salvo la estricta Calle del Cid, exacta y perfecta como un clásico soneto, bruñida en gozosa plenitud de colorines cuando llegan nuestras fiestas mayores.

Ahora, amigo mío, vamos a cruzar esta pequeña y acicalada calle, hoy de la Liberación, y antes llamada, sin necesidad de rotulaciones, Calle de la Misericordia, y trepando por la escalinata que hay a su final, nos hallamos en la Placeta de San Jaime, balcón erguido sobre los grises tejados antiguos, desde el cual las torres gemelas de Santa Ana parecen gigantes de día del Corpus. Y salvando unas callejas injuriosas para la Geometría, llegamos a uno de los más bellos rincones de Elda, un rincón estigmatizado con el oscuro nombre de La Tafalera.

Un sauce llorón llora eternamente recuerdos



través de mis gafas

dorados de nuestro medievo. Junto a él la noble majestad de un amplio eucalipto se yergue como poseoso de un sueño de lanzas victoriosas. Ambos, el sauce y el eucalipto, son los únicos vestigios de lo que un día fueron parajes deliciosos en torno al Alcázar que fué gema preciada en el regio manto de los monarcas de Aragón. Bello rincón, martirizado, retorcido y estrangulado por hoscas albañilerías, que espera una mano piadosa que lo convierta en un jardincillo romántico donde aspirar el áureo polvillo de las gratas evocaciones, mientras se contempla uno de los más bellos paisajes eldenses: las oscuras ruinas del castillo, la cruz de la carretera sobre el río susurrante, el gozo de las nuevas fábricas desbordadas de la urbe, el glorioso penacho de los trenes que pasan y se hunden en las entrañas de La Torreta; y allá lejos Kamara, con su crestería colosal.

Bordeando la falda mordida de la colina del castillo y tras un saludo a la recién nacida ermita de San Antón, entraremos en la vieja Calle de la Independencia. Viejos caserones condecorados con balcones pretenciosos que os hacen pensar en hidalgos terratenientes o en orondos dignatarios de la Iglesia; amplias rejas a las que se asomó un día el coramvobis del Seráfico, mendigando un vaso de vino a cambio de una de sus procacidades rimadas o de sus aduonas plegarias en verso. Calle renqueante y confidencial, como hecha para viejecitas que aun guardan entre naftalina sus galas juveniles; calle solariega cuyos brazos se abrieron un día con infinito gozo para recibir a las imágenes venerandas, llegadas de Cerdeña sobre olas de romance.

Ahora, amigo mío, nos llegamos a las dos plazas: la de Abajo, que siglo a siglo viene siendo la pandereta de Elda, escenario de regocijos populares; y la de Arriba, desolada y silente, viuda de aquel mercado popular que era su razón de ser. Hoy la Plaza de Arriba parece un cuenco sonoro sobre el que rebotan, plenas y rotundas, las recias campanadas parroquiales; y si la cruzáis por la noche, una noche lunada y sugerente, las dos filas de nudosos árboles que la exornan os parecerán dos filas de alabarderos presentando armas ante los fantasmas que bajan del Alcázar por la pina y bruja calleja del Castillo.

Esquinamos frente a la Iglesia de Santa Ana la casa en que murió aquel gran eldense, el juriconsulto y publicista D. Juan Sempere y Guarinos, y nos embutimos literalmente en la Calle de Colón, la calle adonde nadie va y por donde todos pasan, y salimos a ese salón sin techumbre que es la Calle Nueva, donde convergen las actividades crematísticas y suntuarias de la ciudad. Una herida de luz en su costado, el Casino Eldense, que soñó un día ser excitante y exponente de la cultura de este pueblo.

Atravesando sus jardines, esos claros remansos tan hambrientos de clorofila como hartos de risas banales, nos abocamos a la más típica de las calles de Elda, la Calle Jardines en la grata toponimia vernácula. Calle retorcida como un largo anhelo imposible; como si al paso de cada coche, tras la estela de cosmopolitismo que va dejando el claxon infatuado, se lanzara, angustiada, el alma de la ciudad laboriosa, en un trágico anhelo de algo desconocido. Calle torturada de precoces urgencias; sin esos detalles arquitectónicos que hacen ver el equilibrio y la majestad a que llegan las grandes vías cuando, sorbo a sorbo, piedra a piedra, han ido bebiendo la docencia de los años; calle eldense sobre todas; prisas, esquinzos, tráfico, y un feroz estrangulamiento de la línea recta; calle que es cifra estilizada de la ciudad.

Y dejando atrás la gastada urdimbre del casco urbano de ayer, vamos, amigo mío, a adentrarnos en las claras barriadas modernas, con sus rectas calles que se escapan, desoladas, hacia Petrel, en juvenil formación impecable. Así esta Gran Avenida, amplia, cordial, desbordante, como un abrazo de reconciliación que tiende la nueva Elda a la vieja y venerada ermita de San Bonifacio, en cuya puerta está el más estratégico balcón para contemplar en toda su amplitud los tiernos mirajes de nuestra ciudad.

Todo en estos barrios tiene una uniformidad cuartelera; todo menos este rincón enjorjado y umbroso en que, a la sombra bronceada de Castelar, se ha concretado en gayos parterres abundosos la policromía exuberante de las tierras levantinas, bajo un sol complaciente que se enreda con amor en el varillaje de las palmeras, y se vuelca complacido en la copa gentil de los pinos ungidos de adolescencia olorosa.

Así es Elda, mi buen amigo. Sus gentes se describirán a sí mismas ante los ojos de usted en el vivo poema fantasmagórico de nuestros Moros y Cristianos. Yo le he descrito el alma huidiza, inasible, de la ciudad, cuando los afanes cotidianos la dejan en paz consigo misma.

Ahora, cuando prosiga usted su viaje hacia Alicante, verá a su izquierda, junto a los gigantes centinelas vegetales de la carretera, una floración edénica de plácidas mansiones virgilianas. ¿La Ciudad Vergel? No; es un sueño que tuvo una tarde de Abril esta ciudad desconcertante; una tarde de Abril en que las calles estaban temblorosas de ausencias; una tarde de Pascua Florida.

Y el sueño está ahí, pleno de ansiedades expansivas. Porque en Elda, amigo mío, no es milagro convertir en realidades los más quiméricos sueños.

Piratas



EN Enero de 1945 iniciaron sus desfiles y el tronar de sus disparos las primeras Comparsas, entre el escepticismo y las sonrisas de los innumerables el-

denses y forasteros que auguraban una pronta desaparición a la renacida fiesta, tarándola con los motes de «falta de tradición», «inadaptable a la idiosincrasia eldense» y otras que se han demostrado ya como disparatadas y erróneas. Pese a esta frialdad inicial, al segundo año son dos comparsas más las que se unen a las cinco primeras, en una afirmación de fe demostrada con la práctica. Una de ellas es la de Piratas, que ya tiene un precedente en la vecina Villena aunque en la de Elda se nota el lápiz depurado del alicantino Valcárcel en su vestimenta. En este primer año de su salida—1946—y al siguiente, los Piratas formaron en todos los actos junto a los Cristianos, pero después, en 1948, como verdaderos piratas sin Patria y sin Dios, apóstatas de la fe de sus padres, se pasaron en masa al bando musulmán, en el que todavía permanecen.

Desde entonces, su brillante uniforme de joyantes colores, —en los que se mezcla el oro o rojo de sus blusas con el negro intenso del resto de su atavío—, ha sido uno de los más atractivos de la Fiesta; añadiendo a esto la gracia de que hacen alardes los comparsistas al presentar el «cofre del tesoro» y otros detalles de gusto más o menos macabro y chispeante.

Esta Comparsa fué fundada, entre otros señores, por Manuel Esteve, José Miguel Bañón, José Vidal, Vicente Valero, Pedro Maestre y Antonio González, habiendo ostentado la Capitanía el Sr. Esteve durante los cuatro primeros años y los Sres. Alberto Pérez, Manuel Pastor y Francisco Micó los siguientes. La negra bandera, temible enseña que pone pavor en alta mar, en la que campea la fúnebre calavera rubricada por las dos tibias en aspa ha sido enarbolada por las gentiles Abanderadas Srtas. Guillermina y Ascensión Esteve, Dei-Genitrix Giménez, Virtudes Lorca y Carmina Payá Rocamora.



Musulmanes



OS ponemos al habla, unas semanas antes de la Fiesta, con uno de los más caracterizados representantes de los «Moros Musulmanes». Cuando le decimos que se trata de hacer un reportaje relámpago— de esos que ha puesto de moda Córdoba desde el diario «Pueblo»— se muéstrta encantado y dispuesto a facilitar-

nos toda clase de detalles sobre su Comparsa.

—Hemos oído decir que eso de «Moros Musulmanes» es albarda sobre albarda. Opina tú.

—Hombre, no. Lo de «Moros Musulmanes» significa que somos moros de los buenos, moros de primera calidad. Y conviene remachar el clavo para que nos distinguan.

—¿Cómo fué el nacimiento de la Comparsa?

—La primera idea nos la dió Camilo Valor (q. e. p. d.) una tarde en el Casino Eldense, a José Ortín, Emilio Vidal, José Amat Sanchiz, Rafael García Gómez y algunos otros que estábamos allí reunidos. Y el día 1 de febrero de 1946 quedaba definitivamente formada la Comparsa y constituida su Junta Directiva. Hacía falta nuevos Moros que contuviesen la ingente avalancha de los Cristianos, nivelando las fuerzas un poco.

—¿Y la primera salida de la Comparsa?

—Fué al año siguiente. En 1947 el bando moro se vió reforzado por nuestra presencia. La nueva Comparsa se incorporaba a la Fiesta llena de entusiasmo. Creo que recordarás la gran expectación con que se nos esperaba y el enorme júbilo que despertó nuestra presentación en el desfile. Modestia aparte, creo que quedamos como unos morazos con toda la barba. Nuestro trabajo nos costó, no creas, porque tuvimos no sé cuántos ensayos antes de salir a la calle.

—¿Y de las Abanderadas, no me dices nada?

—¡Hombre, hombre! De las Abanderadas hay que decirlo todo. Hay que ordenar a las flores que inclinen sus tallos a su paso, hay que volcar a sus pies toda la inmensa admiración de nuestras almas, hay que vaciar en su honor todo el enorme saco de adjetivos, metáforas y frases rimbombantes que guarda, para estos casos, el idioma castellano.

—Vacía.

—Tan sólo te diré que han sido tres huries: Lucía Vera, Pilar Navarro y Maruja Bonete. Más bellas no las tuvo Abderramán en los tiempos de esplendor del Califato. Cuando los atambores anunciaban su proclamación en el gran Coliseo, había revuelo y dolor en el Paraíso de Mahoma. Y no era para menos. Cada año faltaba un ángel de la vera del Profeta, robado por nosotros para venir a empuñar la bandera de la Comparsa.

—Te dejo con tu borrachera lírica,





AÑO 711.

¿Qué raro polen trae el Euro? ¿Qué extrañas auras acarician el oído de rítmicas y somnolientas melodías jamás escuchadas?

Las auras, el polen y las melodías convertidas en avalancha han dado su mitológico salto de una columna de Hércules a la otra; caen sobre Yebel-el-Tarik, la Gibraltar de nuestros días. Alarmados los visigodos se aprestan a la lucha; en esta primera batalla sucumbe Don Rodrigo.

Ya nada ni nadie los puede detener, se extienden por toda la Península como torrente desbordado; únicamente tienen que soportar alguna ligera razzia de reducidos grupos cristianos, que derrotados buscan refugio en el Norte.

La caravana de los años empieza a desfilar; lo que antes era una colonia de Damasco, queda convertida por Abderramán III en el independiente Califato de Córdoba.

En esta época España adquiere una de sus facetas más brillantes. En contraposición al oscurantismo de una Europa medieval, se ofrece un reino eminentemente culto. Las principales familias europeas, mandan sus hijos para que adquieran sabiduría a los sabios de Córdoba, de la misma manera que hoy lo hacen a Santiago, Oxford o Yale.

Los árabes hacen de «Al-Andalus» un paraíso, con vergeles donde lucen flores tan peregrinas en aquellos tiempos como las artes, las ciencias, las letras. Se cultiva el espíritu al compás de la tierra con procedimientos que aun perduran. Brotan de la tierra, como fragantes rosas de mayo, fustes, capiteles, arcos, que forman en el espacio maravillas arquitectónicas. La mezquita, con sus eurítmicos estucos, polícromos alizares, alicatados muros, jaspes, mármoles, y los jardines con sus juegos de luz, agua y follaje, materializan ese mundo maravilloso del ensueño árabe.

El pueblo guerrero se ha hecho refinado y se presente su decadencia. Como a Roma, la tragedia le llega en su momento cumbre. Viene cuando el árabe español, llegado a su cumbre espiritual, deja volar inerte el alma soñadora por los caprichos voluptuosos de los arabescos.

Mientras tanto, los reducidos grupos cristianos, infinitamente más atrasados, se entretienen despedazándose en inútiles luchas fratricidas, producidas por los inúmeros señores feudales.

Castilla, subyugada, ha clavado su desolada mirada sobre la bucólica Bética. Hay conatos de unión en pos de tan supremo ideal. En ofensivas de tira y afloja, siguen desfilando los años hasta llegar a San Fernando y Don Jaime, Rey de Aragón, pasando por Rodrigo Días de Vivar, el Cid. San Fernando recupera Sevilla, Don Jaime, Valencia. Al Islam ya no le queda más que Granada.

Pero aun tienen que seguir pasando años y años hasta llegar a la feliz unión de Aragón y Castilla,

Fiesta de luz en Levante

de Isabel y Fernando; a una verdadera idea de la unidad hispánica.

Con un prodigioso salto a través del tiempo, ya hemos llegado; todavía podemos ver en una colina frente a la Alhambra, la figura de Boabdil, que con los ojos arrasados en lágrimas se despide de su amado paraíso, mientras escucha de su madre esas palabras que aprendimos hace tanto tiempo en la escuela.

*
**

Un pueblo de Levante. Hasta aquí nos trae la brisa rumores inquietos. El pueblo está de fiesta. Sacude su polvoriento tedio una vez al año, haciendo dilatar las sonoras campanadas de la iglesia por el amplio valle. Este valle está circundado por una capa de cielo transparente, nítido. Es aquí, en Levante, donde el cielo da sus mejores transparencias; transparencias que copia rumorosa el agua de los morunos azarbes que discurren entre frondas de cañas, olivos y almendros que apuntan con sus ramas floridas a esa despistada nubecilla que ingrávida y tonta flota sobre el azul.

El tiempo no se ha detenido en ese eterno colquio del agua y de la rama que besa el agua, porque el pueblo está de fiesta; así lo anuncian tremolantes bengalas que cosen a la noche en luminosas puntadas, poniendo paradójicos gestos de temor risueño en las jovencitas, y arrogancias temerarias en los jóvenes que las celan.

Estallan las carcasas en múltiples palmeras, que hacen recordar a esas otras palmeras que dan su tono oriental al paisaje levantino. La palmera de Levante suspira nostálgica de no sabe qué, tal vez añora la presencia del almorávide indolente a quien prestaba sombra en la canícula. A veces, estas palmeras se reúnen en grupos, que ponen manchones de verdor, verdaderos oasis en la ardiente tierra levantina.

Por entre los esbeltos talles de un grupo de estas palmeras se divisa la torre de la Iglesia, o lo que es lo mismo, el alminar de la antigua mezquita desde donde el almuecín, con la vista clavada en la Alquibla, exhortaba al piadoso almocrí a la oración crepuscular. Hoy esta torre ostenta el signo de la Cruz; el triunfo de las Sagradas Escrituras sobre el Alcorán; triunfo que, jubiloso, el pueblo celebra todos los años desde tiempos inmemoriales, con grotescas pantomimas, simulacros de guerrillas que, a pesar de lo anacrónico de algunas de sus comparsas, conservan en su prístino colorido, un significativo encanto ingenuo y antañón.

En las casas del pueblo todo es barullo, todo es trájín. Desde el alba, el ama de casa lo está removiendo todo, desde el polvoriento porche, hasta la soleada cocina que de puro limpia resplandece. El orden más riguroso tiene lugar en estas cocinas, con sus cacerolas, ollas, potes, en los vasares, donde la alineación más perfecta reina entre los típicos lebrillos de cerámica amarilla y las tripudas

tinajas que, de distinto tamaño, se alinean a lo largo del alizar o friso de azulejos. La limpieza es proverbial; se convierte en rito de herencia antigua en el ama de casa levantina.

El ama de casa se sienta, respira satisfecha, y cruza los brazos sobre el halda; todo lo tiene en orden. Ahora, piensa, pronto tendrá que emprender su segunda batalla en la cocina; como es fiesta, tendrá que guisar gazpachos; ya tiene las tortas, de fina harina blanca cocidas; estas tortas se desmenuzarán luego en innumerables partículas—es lo más enojoso, piensa el ama de casa— y se cocerán luego con pollo y conejo, aromatizado todo esto con olorosas yerbas serranas. Tal es el gazpacho levantino, al que se le atribuye origen árabe.

El ama de casa da un suspiro, y acude solícita para ayudar al hijo a ceñirse la ancha faja carmesí. La tela brillante se ciñe entre vueltas al torso juvenil apretando la aljaba o túnica morisca. Sobre la cabeza se asienta un complicado turbante del que emerge, dorada, la media luna; dorados son también los adornos de las babuchas y los anchos brazaletes de las muñecas; el alfanje es plateado, con delicados arabescos grabados, y en este momento descansa sobre un taburete.

El otro hijo del ama de casa ha hecho su aparición en escena. Viene arrastrando un enorme mandoble que le cuelga de la cintura; sobre el pecho, la Cruz. Tiene las firmes piernas cubiertas de convencional malla; en una mano el capacete que luego descansará sobre el almójar, y en la otra, una falsa aljaba, destinada ahora para poner la pólvora que luego estallará en anacrónicos arcabuces. La madre mira divertida a sus hijos, que en este momento se han convertido en odiados rivales. Y todo porque es fiesta. Así lo anuncian desgarradas bandas de música que recorren el pueblo.

Los músicos ostentan con presunción los flamantes uniformes, mientras sus mejillas se inflan y se vuelven a inflar, a influjos de los resoplidos que meten en sus instrumentos de viento. Van seguidos de una cohorte de zangolotinos muchachos, que ríen, chillan y cantan siguiendo el compás de la música...

El ambiente de fiesta es perfecto. Cohetes, petardos, carretillas, estallan a todo momento. En la plaza Mayor se yergue la alcazaba o castillo, que luego se disputarán en duelo a muerte los bandos rivales. Las calles, en abigarrado colorido, muestran su adorno de palmas, ramas de taray, de olivos, de pino y de alegres retazos de papel multicolor, que el viento primaveral jugueteo balancea. Estas calles, en las que no es extraño encontrar estos días en cualquier rincón al que preste sombra la parra, a un arrogante rumí, que rendido dentro de su arrogancia, hace el amor a una deliciosa odalisca...

El ambiente de fiesta es perfecto. Y todo porque hubo un señor llamado Tarik al que se le ocurrió invadir la Iberia. Esto era en el año 711.

Ernesto García Albrogat

La Fiesta en broma

(Prosa rimada)

«Querido amigo Anacleto: Sabrás que en el mes de Mayo celebramos nuestras Fiestas, las de «Moros y Cristianos», y en derroche y esplendor van a superar este año a todo cuanto se ha hecho en los festejos pasados. Nunca verás cosa igual si no vienes a gozarlo. Los moros, los estudiantes, los piratas, los cristianos, los zingáros, marroquíes, contrabandistas, navarros, todos van a competir en lujo y en despilfarro...

Verás las Abanderadas, plenas de gracia y encanto, iluminando la Fiesta desde su airoso caballo... Verás a los Capitanes, arrogantes y gallardos, jugando con sus corceles a vientos desenfrenados... Verás sin igual desfile de Comparsas, derrochando música, humor y alegría, ingenio, arte y encanto...

Verás las dos Embajadas (una del moro al cristiano y otra del cristiano al moro) ante un castillo entablado... Se ponen de vuelta y media entre rimas y ripiazos y rinden la fortaleza con un sinfín de disparos...»

(Toc... toc... A la puerta llaman).

—Pase adelante quien sea.

Y entraron unos señores con unas caras muy serias:

—Perdone le distraigamos un rato de su tarea. Somos de la Comisión que ha de organizar las Fiestas, las de «Moros y Cristianos» que son el orgullo de Elda. Pero como en esta vida nada se hace sin pesetas, le rogamos contribuya con una pequeña entrega, ya que es anhelo de todos que esta Fiesta nunca muera, por lo que hemos de poner nuestro granito de arena...

—¡Ustedes están errados...! ¡Conmigo pierden el tiempo! ¿Qué me va a mí ni me viene con Comparsas y festejos, con desfiles y guerrillas, con banderas y guerreros...? ¡El que quiera tener Fiestas, páguelas con su dinero...!

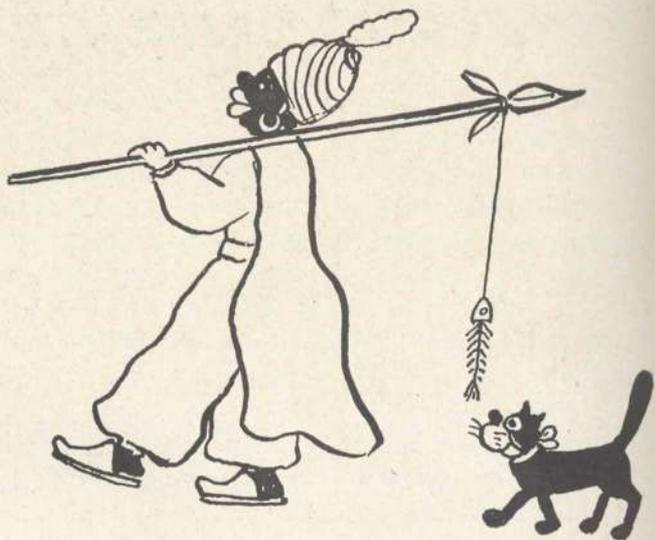
—Usted perdone. Creímos que era eldense verdadero...

* * *

—¡Qué fastidio!... Seguiré la carta para Anacleto.

«No pierdas esta ocasión... Yo te aseguro, Anacleto, que no olvidarás el lujo asiático del festejo... Y lo que más nos admira es que todo lo hace el pueblo... Todo el lujo lo mantiene con sus honrados dineros... Es que mi Elda es así; que pone su afán entero en labrarse una corona de verde laurel eterno ayudada por nosotros ¡que damos lo que tenemos!»

El Duende del Monastil



El Mau-Mau



Moro Realista



La Guerrilla



Moro Sub-Realista



Moros Realistas

LA Comparsa de Moros Realistas es una de las cinco fundadoras; aquellas cinco comparsas que en el frío Enero de 1945 iniciaron el brillante desfile, la delirante fantasía oriental de sedas y clamores que todavía continúa, repetida, superada cada año en los días jubilosos de la Fiesta.

Estos moros curtidos, soñadores, de ojos de carbunco y gestos de gran señor son los veteranos de la Fiesta. Sus brazos que un día formaron el anillo de hierro que defendió a Granada sostienen ahora los curvos alfanges en un quimérico intento de reconquista. Los valientes Capitanes Ataulfo Coloma, José Alcaraz, Pascual Giménez, Arturo Berenguer, Vicente Villaplana y Francisco Payá, sobre los negros corceles de fuego, los conducen de nuevo por los familiares campos de batalla en que los vió morir España. Sus más bellas mujeres, Lolita Coloma, Maruja Tomás,

Magdalena González, Consuelito Silvestre, María Gregorio... desvelado el jardín de sus sonrisas, sostienen la bandera de la Media Luna entre el viento que le da la bienvenida.

Pero una y otra vez son derrotados, por que ésa es la Historia y ése es su destino. Y el impetu guerrero cede el paso, en ráfagas doloridas, al ardiente pesar de éste pueblo, poeta y señor, que llora la nostalgia del bien perdido: ¡Oh, Granada, la de los soberbios alminares, la de las doradas cúpulas, la de los siete montes en cuyo regazo duermes como duerme la perla en el fondo de los mares! ¡Salve, oh, salve, santuario de Aláh, ensueño del Profeta, suspiro del creyente! Tus desterrados hijos, entre transportes de admiración y lágrimas de amargura inmóviles ante tus santas minas, te saludamos. ¡Oh, Granada, la perla de Occidente, la de las moriscas galas, la de pintados arabescos! La hora de tu resurrección asoma por Oriente. Aláh te inspire para que del polvo de tus ancianas minas broten los encendidos rayos de una nueva edad de oro, y tu nombre, aclamado por guerreros atabales y melodiosas guzlas, vuelva a servir de cita a todas las majestades de la Tierra.



Voz poética de la fiesta

MOROS MARROQUIES

*¿Qué odaliscas magas, qué amables huries
pulieron las sedas de vuestros egregios
jaiques, que, ampulosos, rútilos y regios,
dicen vuestra alcornia, moros marroquíes?*

*Sarta de sultanes en trance ostentoso;
gallardos califas de un reino auroral;
en pugna gigante lleváis, orgullosos,
galas de Damasco, sueños de Bagdad.*

*Moros marroquíes, los Abderramanes
en la gaya fiesta de pólvora y sol;
si no nos urgieran cristianos afanes,
vosotros seríais orgullo español.*



ZINGAROS

*Por la madrugada en flor
la caravana se aleja...
Noche y día su camino
el horizonte penetra...
Pasos que marcan su ritmo
al son de la pandereta.*

*Tierra empolvada de luna,
oro del sol que los besa,
hechizos de luna y sol
en la llama de la hoguera,
al conjuro de violines
que desgarran su tristeza.*

*Con temblor de cascabeles
la negra noche les vela.*

MOROS MUSULMANES

*Orondos de orgullo, como abencerrajes;
legión de sultanes, fieros, fanfarrones,
llevan en los ojos y en los corazones
coránicos sueños en amplios mirajes.*

*No cabe en la calle, bullente y sonora,
de barbas bellidas la negra teoría;
no cabe en el dombo solemne del día
tanto rojo y oro de la hueste mora.*

*Orgullo en sazón de una raza orgullosa,
que vuelca arrogancias en regios derroches;
y huries que brindan su gracia melosa,
como un revivir de «Las Mil y Una Noches».*



CONTRABANDISTAS

*El viento de la tarde, en la montaña,
esculpe en bronce su perfil moreno,
y es el ángel dormido de su saña
relámpago de luz que anuncia el trueno.*

*En su dura quietud que el monte extraña
está, como el crepúsculo, sereno.
De nostalgias sin voz se sabe lleno
por el cauce angustiado de su entraña.*

*Quisiera descansar, no soñar nada,
sobre esta antigua soledad callada
que anochece impasible ante su vista.*

*La tarde, de su gesto enamorada,
besa ardiente, y con un beso conquista,
su bravo corazón contrabandista.*



PIRATAS

*Caballeros del viento, no hay bandera
que frene el huracán de su coraje,
y en inquieto y audaz peregrinaje
de la mar ensancharon la frontera.*

*Son los hijos del mar, la raza fiera
que juega al cara o cruz del abordaje,
a caballo del pérfido oleaje,
su azarosa existencia marinera.*

*Y en el palo mayor de su navío
vuela al aire imperial la calavera,
embajada de amor que a la locura*

*hace el grito tenaz de su albedrío,
su sangre de dolor sin primavera,
su destino de mar y de aventura.*

CRISTIANOS

*¡La hueste cristiana!
Cruces desveladas de ansiedad guerrera,
bajo una bandera
que el sol borda en oro en la grácil mañana.*

*Cristianos de capas airosas,
de plumas sedosas,
que añoran proezas de Flandes,
y que allá en los Andes
ritmaron un día gestas fabulosas.*

*¡Las huestes cristianas!
Leones de Dios en el duro combate;
furia castellana, que solo se abate,
piadosa y galante,
ante un rozagante
balcón florecido de risas lozanas,
o ante un religioso clamor de campanas.*



ESTUDIANTES

*Estudiantes,
finos y galantes,
espuma gozosa en la fiesta sin par;
con la negra ropilla lustrada,
con la almidonada
gola picaresca, y el lápiz gigante,
que en lances de amor y de tuna galante
muy larga es la cuenta que habrá de apuntar.*

*Estudiantes,
fulleros, tunantes,
bulliciosa espuma de loco champán;
de las chicas las dulces miradas,
como hipnotizadas,
detrás de vosotros prendidas se van.*



MOROS REALISTAS

*Moros de la morería,
moritos los del Korán,
con su lanza y su gumía
y su extraña algarabía
soñando quimeras van.*

*Sueñan conquistar cristianas
para enriquecer su harén;
sueñan mocitas galanas;
pero ellas, como sultanas,
se crecen cuando los ven.*

*Moros de las anchas fajas,
moros del corto calzón,
nuestras bellas Lindarajas
no buscan vuestras alhajas,
sino vuestro corazón.*

NAVARROS

*¡Navarra! ¡Navarra!
Fulgor de leyenda en la limpia moharra
de vuestra bandera de recio ondear.
Hierro en las cadenas, sonoras de gloria;
hierro en las espadas, que forjan historia;
hierro, en vez de nervios, en el brazo audaz.*

*Pasan los navarros, fornidos y austeros,
cual monjes guerreros;
robles que a cruzadas curtió el huracán.
Nostalgias de lucha en la clara retina;
fragancia de lis en la airosa boina,
y en el pecho un cáliz de fiera lealtad.*

*¡Paso a los navarros! ¡Paso a la princesa,
gentil Doña Blanca — la Historia en sorpresa —
que al frente de altivas mesnadas
recobra su trono en un sueño fugaz!*





Estudiantes



LA Comparsa de Estudiantes, una de las más ancianitas de la Fiesta, continúa,—a pesar de sus nueve años, como nueve siglos, de existencia— cosechando monumentales calabazas en los exámenes anuales de disciplina y seriedad en los desfiles. En las otras Comparsas, incluso la Banda de Música es una masa grave, seria y ajena a la Fiesta, que al cumplir su obligación de tocar con la misma circunspección con que lo harían en una

procesión, imponen una involuntaria nota de severidad en los desfiles y refrenan algo la jarana de los mozuelos que juegan a moros y cristianos. Sin embargo, entre los Estudiantes, la misma Banda de Música es una parte más de la Comparsa, rivalizando con los comparsistas en inventar inéditas cabriolas y regocijados desfiles que provocan atronadores aplausos en el gentío, lo que constituye uno de los mayores éxitos anuales de esta Comparsa.

Han tenido el honor de ser portadoras de la bandera negra con el libro y la pluma (probablemente un «Libro Mayor» y una «Waterman» si actualizáramos los símbolos), las señoritas Conchita Gosálvez, Angelita Vera, Remedios Juan, Juanita Viern y Amelia Navarro Brazal; y han ostentado las tres estrellas teóricas los señores Miguel Bellot, José Vera Juan, Juan Mira, Rafael Navarro y Joaquín Tordera.



FOTO O. PORTA

Contrabandistas de la gaya fiesta, ¿qué fabuloso alijo estáis esperando, alertados hacia las tersas lejanías? ¿Soñáis acaso alijar, para el exacto boato de nuestras abanderadas, todos los rosiclères de las auroras de Mayo y toda la sedería luminosa y azul de los tiernos cielos alicantinos?

Christianos



ESTA noche pasada se nos ha presentado en sueños nada menos que el Cid Campeador. Venía a hablarnos de la Comparsa de Christianos; de la que él llamaba su Comparsa, por más que le resultarían extraños los trajes y las armas.

—En verdad que esos señores, esos entusiastas fundadores de la tropa cristiana, son ya mis amigos. Julián Maestre Maestre (q. e. p. d.) Juan Olcina, Romualdo Guallart, Rafael Tortosa, Rosalino Tordera y tantos otros socios fundadores de la Comparsa, ocupan un escogido lugar en mi corazón de viejo guerrero castellano.

—¿Como sabéis todo esto, señor?—nos atrevimos a preguntar.

—Sé eso y muchas cosas más, ignorante mortal. Sé y recuerdo que en Enero de 1945 se estremeció de júbilo mi espíritu. Por vez primera, después de muchos años, aparecieron en vuestras calles las mesnadas cristianas, herederas de un pasado de honor y de bravura, que forjaron a golpe de espada y bote de lanza mis valientes caballeros. Llano de orgullo, he seguido la marcha animosa de la Comparsa y, si hoy pudiera bajar a vuestro valle, no tendrían otro Capitán vuestros comparsistas.

—Tendréis que disculpar, señor su anacrónica vestimenta. Se pensó vestir, en un principio, el traje de cruzado, pero acabó por prevalecer la opinión de los que aseguraban que «los hombres deben vestirse por los pies y no por la cabeza», se adoptaron los trajes actuales.

—¡Rayos y centellas! ¡El Espíritu del Señor me valga! ¿Fuí yo, acaso, menos hombre por vestir mi cota de malla? Me gustaría saber quienes fueron esos malandrines.

—Sabréis, señor, en cambio, los nombres de los nueve Capitanes, para que los añadáis a la lista de vuestros inmortales. Julián Maestre, Juan Olcina, Isidro Aguado, Vicente Busquier, Jesús Navarro, Pablo Maestre, Manuel Martínez, Romualdo Guallart y Simeón Francés, condujeron a la tropa cristiana al combate y consiguieron señalados triunfos para la causa de la Reconquista.

—Decid a mis Capitanes, que en el cielo se encienden estrellas para conmemorar sus victorias.

—Hablemos, señor, de las Abanderadas. ¿Qué opináis de esta poética intervención de la mujer en la fiesta?

—Que es una acertada conjunción de la flor con la seda, de la belleza con la tradición, que a muchos llevará a adorar al santo por la peana. No puedo tener más que palabras de elogio y admiración para estas doncellas que han revalorizado la Fiesta: Lolita Vidal, Salud Busquier, Celia Ferrándiz, Pepita Santos, Josefina Juan y Maruja Agulló. Ni siquiera mi Jimena, que era hermosa como la aurora, podría ensombrecer la belleza de sus ojos, la armonía de su figura, el irresistible encanto de sus gestos de princesa.

En este momento de nuestro sueño, nos interrumpieron unos terribles morazos, que pretendían rodear al Cid. Al despertar sobresaltados, todavía flotaban en nuestro recuerdo las últimas palabras del buen caballero al cargar contra sus enemigos: ¡Santiago, y cierra España!



Los anacronismos en la fiesta

DISTINGUIREMOS desde un primer momento entre anacronismo voluntario y anacronismo inconsciente. Es sólo el primero el que nos interesa considerar aquí.

En general, este anacronismo voluntario es sólo un extraño modo de expresión del arte. Podríamos decir que consiste en un error intencionado, que se produce consciente, supeditado al logro de un efecto artístico.

Y estamos ya, con todo esto, en el caso de nuestras «Fiestas de Moros y Cristianos», plagadas de descomunales y divertidos anacronismos.

Se ha querido —pensamos— dar con ellos mayor esplendor a esta evocación anual de la colosal empresa de la Reconquista. Y como no nos duelen prendas, digamos desde ahora que nos agrada esta tergiversación de la realidad, que a nadie engaña; que nos entusiasman estas banderas de luz y de alegría desplegadas al viento del disparate por nuestras calles eldenses, jubilosas y endomingadas.

Casi todos los años hemos presenciado —de más cerca o de más lejos, de más alto o de más bajo— el desfile de las Comparsas en los primeros días de la Fiesta.

Hemos contemplado la marcha arrogante de los famosos Cristianos. Sus anchos chambergos de plumas airoas parecen estar descontentos sobre las nobles cabezas, pugnando por rendirse ante los encantos de las bellas mujeres que aclaman su paso. Sus fuertes botas de mil leguas resuenan buscando las rutas de Flandes. Las gloriosas espadas toledanas, envejecidas fuera de sus fundas, devuelven al sol su saludo centelleante.

Por un momento hemos creído ver al frente de la tropa la figura alargada del duque de Alba, seco y altivo sobre su blanco caballo de guerra. Pero hemos debido equivocarnos. ¿Cómo iba a estar este duque de Alba en la Reconquista? Sin embargo, éstos son sus hombres. Estos son los heroicos tercios de Italia que marchan ahora a los Países Bajos, llenando los campos el estruendo de sus armas, a recibir un segundo bautismo de sangre y de gloria, que los consagrará para siempre en la Historia con el nombre inmortal de Tercios de Flandes.

Por arte y gracia de la Fiesta, combaten a los moros estos caballeros. Sus bigotes a la borgoñona deben sorprender no poco a los sarracenos. Brillan por su ausencia las cotas de malla, los yelmos empenachados, las férreas armaduras que caracterizaron a la Reconquista.

¿Por qué este error —que no puede menos que ser consciente y bien consciente—, nos preguntamos? Misteriosas y artísticas razones de la Fiesta. Tal vez se conceptuaron más vistosos estos uniformes. Tal vez se consideraron más representativos de la raza unos tiempos con los que la infantería española llegó a

ser la primera del mundo. Tal vez fueron sólo razones de comodidad las que movieron a cambiar el hierro por la seda. De cualquier modo, nos complace ver desfilar por nuestras calles los viejos tercios de la España de Felipe II —mejor o peor imitados— aunque sería una grata sorpresa ver aparecer un día las rudas mesnadas del conde Fernán González reivindicando sus derechos.

En esta bullanguera procesión que pasa, reparamos ahora en los contrabandistas.

¿Qué extraña fuerza los arrancó de sus montañas para ofrecernos —de contrabando— el magnífico regalo de su presencia en la Fiesta? Con la faja de seda bien ajustada a la cintura, garbosos y morenos, han venido al galope de sus finos potros andaluces. Son la carne y la sangre de una raza que se consume en violencias de amor y de guerra. Ellos mejor que nadie conocen los ocultos senderos de la serranía, los amplios barrancos, los escondrijos seguros. Por una vez van a ayudar a la Justicia. Sus ardientes coplas ya no recorren las cordilleras ni se despeñan por los valles, buscando los ecos dormidos. Animosos y serenos, se aprestan a la gran obra de la Reconquista. En los temibles trabucos está impaciente la pólvora que ha de oscurecer el fulgor de la Media Luna.

Y nos preguntamos: ¿habían ya contrabandistas en tiempo de Fernando III, el Santo? ¿Pasarían ya por Gibraltar, «de ocultis», las famosas medias de «nylon» americanas? ¿Apreciarían ya en su justo mérito, los bizarros caballeros del Medievo, las finas cualidades del lápiz «Tangee» que no deja la huella del ósculo galante?

Estamos de acuerdo con todo el mundo en cuanto a la gran belleza plástica de esta comparsa, y en el acierto que ha significado su incorporación a la Fiesta. Podrían ser muchas las razones de su presencia en ella. Quizá un inconsciente deseo de rehabilitar una «profesión» que, a la mayoría de los españoles, no nos parece —inexplicablemente— demasiado mala. Tal vez sólo el afán de aprovechar sus vistosos trajes y atavíos, o de enfrentar al enemigo común la dorada leyenda de valor de un Diego Corrientes o un Jaime, el «Barbudo». ¡Vaya usted a saber! Lo cierto y verdad es que estas chaquetillas cortas y estos sombreros calañeses, que eran el atuendo de la gracia y majeza del sur allá por los tiempos de la primera República, juegan un lucido papel en esta apoteosis de la pólvora, con la que se conmemora a tiro limpio la bendita Reconquista.

Entre el abigarrado conjunto del desfile, destacamos por un momento la negra ropilla truhanesca. ¡Ya llegan los estudiantes! El traje es severo; apenas si alegra algo el conjunto el rizado capricho de la gorguera. Pero, en este caso, la



procesión de color va por dentro y no tarda en manifestarse.

Bachilleres, pedantes y trapaceros, en su tiempo tuvo la Universidad cien Facultades de humor, picaresca y galanura, que no pudo controlar el señor Rector. ¿En qué insospechadas aulas aprendieron esos decires de amores, esa ciencia del embuste y esa fatua presunción? Ellos compusieron, allá por Salamanca, con la pluma de ave y la tinta infernal, gloriosos Manuales de la Trapisonda, que aún recuerdan, nostálgicos, los viejos muros de la Universidad. Con loco manteo de sus negras capas —violín y guitarra, bandurria y panderos— iban entre chanzas a beberse un vaso de buen vino, para elevar más tarde bellas serenatas a las más hermosas de la ciudad.

¿Qué taumátúrgica mano ha prendido en la bandera de la Fiesta la alegre escarapela de la estudiantina? Quienquiera que fuese, aplaudamos la idea. Se ha incorporado de golpe a la cruzada contra el moro, por obra y prodigio de este sencillo anacronismo, a la intelectualidad española. Cierta que en la época remota de la Reconquista no existían en España, ni en el mundo entero, verdaderos estudiantes. Muy cierto que estaba por aquel entonces la cultura confinada, con caracteres de casi completa exclusividad, en iglesias y monasterios. Pero nada de esto importa demasiado a la juventud estudiosa que más tarde adquiere carta de naturaleza en las dos Castillas. Ellos no pueden quedar fuera de la lucha gigante en la que se debate el porvenir de España. Y, con el ímpetu de sus años mozos se cuelan simbólicamente en la Reconquista. Abandonan la pluma y toman las espadas, dando al mundo el más hermoso ejemplo de hermandad de las letras y las armas.

Con su andar perezoso y su cálida sonrisa errante, entre el dulce gemir de sus violines y el chirriar de sus carretas, se nos vienen encima los zíngaros trashumantes. Van en busca de nuevas tierras, de nuevos paisajes donde abreviar sus almas, sedientas de luz y de colores. Vienen coronando montañas, desvelando horizontes, persiguiendo al arco iris en su afán incansable. Se han detenido un momento ante nuestros ojos asombrados que se llenan por completo del trasiego veloz de panderetas y sombreros, de cintas multicolores y vistosas blusas estampadas. Como por obra de encantamiento, han surgido sus bailarinas de los carromatos, al conjuro irresistible de la czarda. En un rito primitivo, danzan la luz y las sombras mientras tintinean las falsas monedas que adornan las frentes de las bailarinas y marcan los broncos panderos un lejano y misterioso contrapunto.

¿Quién hace prisioneros a estos compañeros del viento? ¿Quién encadenó su suerte al loco empeño de la Cristiandad en armas? Aquí están los hijos de la Bohemia, los nómadas de todos los caminos, los inquietos súbditos del mundo. En la prieta caravana han florecido las brújulas del destino, señalando una ruta de muerte o de gloria.

Indudablemente que es anacrónica la incorporación de estos nómadas a la Fiesta. ¿Se ha querido hacer simbólica de alguna cosa su inusitada presencia? Pensamos que ésta bien podría representar un deseo de integración de todos los elementos disponibles en la causa común y urgente. Otra razón histórica de solidaridad podríamos presentar que justificase el anacronismo. Hungría tuvo que resistir también los asedios de la Media Luna, representada allí por los turcos, que la invadieron en el año 1340.

Pero si hemos de hablar —escribir— con franqueza, diremos que, en nuestra opinión, nada de esto movió los ánimos hacia la inclusión de esta comparsa en el conjunto de la Fiesta. Más bien pensamos que fueron su brillante cromatismo,

su leyenda y su magia musical los que merecieron el riesgo y el honor de alternar con los héroes de la Reconquista española.

Y por último, sobre el incesante oleaje del desfile, prenden al abordaje nuestra atención los audaces piratas del Caribe. Han nacido sobre las saladas y blancas espumas, del oscuro maridaje del mar con las tormentas. Son los dioses de una geográfica y azul mitología de vientos y constelaciones, que nada tiene que ver con las sirenas. Sus negras banderas de horror y de guerra han jugado un sangriento escondite de muerte sobre el ancho patio de los siete mares. Traen sus pesados sables de abordaje, sus grandes pistolas, sus rostros curtidos por el sol y la sangre. Se saben valientes y odiados. Saben que su vida es un puro azar. Saben que, en la noche, la terrible borrasca, la nave enemiga, el rayo o la herida, aguardándoles están. Saben que a la Muerte la llevan prendida, colgada y cautiva, del palo mayor; pero que un mal día, soberbia y señora, se rebelará. Pero mientras llega, ¿qué importa la muerte? Contra el duro cielo, sobre el barco en llamas, frente al enemigo o en la soledad, su vida es un canto, rotundo y altivo, a la libertad.

¿Qué ocultos tesoros brindaron las entrañas de España, que así tentaron su codicia proverbial? ¿Qué ignoradas geometrías de playas y arrecifes recibieron el dardo enfebrecido de esta singladura extraordinaria? Sus banderas se han puesto al servicio del Mal. Estas gentes indeseables que vienen a nuestro suelo, no traen una misión altruista de ayuda y hermandad. Vienen codiciosos de botín y de riquezas, fascinados por las torpes promesas del moro y la fácil presa que España le parece a su ignorancia.

Y si pretendemos hallar el origen, encontrar las causas de la aparición de la bandera pirata en nuestra Fiesta, nos tendremos que declarar vencidos. Ni por los pelos — como otras veces — podemos traer a colación alguna circunstancia que nos explique el flagrante anacronismo.

¿Qué actualidad pueden tener en la evocación popular de la Reconquista los célebres piratas del mar de las Antillas? ¿Como se han trasplantado a España, y a los siglos de la gloriosa lucha por la unidad, a una casta de bandidos que pululó por la América Central, muchos años después de la Conquista de Granada? Porque piratas ha habido en todos los tiempos; robos a mano armada en alta mar y saqueo de los litorales los han conocido todos los tiempos y todos los mares. Pero lo raro, lo insólito del caso es que estos piratas que recorren nuestras calles son los mismos piratas de Morgan y del Capitán Kidd, los piratas de la edad de oro de la piratería.

Y así, burla burlando, podríamos seguir señalando nuevos anacronismos, tremendos disparates que se convierten en villosos motivos que jalonan la fiesta de originalidad y de alegría.

Hablaríamos de este hecho singular — más bien paradoja que verdadero anacronismo — de endosarle el patronazgo de la Fiesta a un santo — San Antonio Abad — que tuvo tan poco de guerrero como mucho de hombre sencillo, de vida tranquila y retirada.

Y hablaríamos también de la anacrónica intervención de las armas de fuego — trabucos y arcabuces — en una guerra en la que las únicas armas posibles fueron la espada y la lanza, el venablo y la ballesta. Porque, aunque es cierto que la pólvora — empleada por primera vez en la batalla de Crecy, en 1346 — era ya conocida, y había sido empleada por los Reyes Católicos en la campaña final contra el Reino de Granada, no es menos cierto que su aplicación se redujo a una rudimentaria artillería. Este perfeccionamiento que supo-

Moros y Cristianos, visto y sentido, por un madrileño

MIS buenos amigos eldenses me piden para la Revista del Programa Oficial de sus Fiestas de Moros y Cristianos, mi opinión de cómo he visto, y cómo son, para uno que no es levantino, sus tradicionales festejos de Primavera. A tan inmerecida deferencia, no podía ni debía negarme, correspondiendo con ello a una sincera y profunda amistad. No es propósito mío hacer en este Programa un panegírico y descripción de sus Fiestas de Moros y Cristianos. Otras firmas más solventes y mejor cantadoras de su belleza lo hacen en páginas anteriores con más tino y acierto que lo pueda hacer un modesto crítico deportivo. Sólo es mi deseo que este juicio transmita debidamente mis sentimientos y capte a los que ignoran estas atrayentes Fiestas.

Los que vivimos y somos de Castilla, desconocemos muchos de los festejos tradicionales y de rai-gambre histórica que se celebran lejos de nuestra meseta central. Tal es el caso con estas inigualables Fiestas de Moros y Cristianos, que en casi todos los pueblos del litoral levantino se celebran con gran esplendor.

Por azares de la vida deportiva, llegué cierto día a Elda, en donde muy pronto me atraieron los comentarios y presencié algo de los preparativos de lo que pocos días después había de celebrar la industriosa y rica ciudad eldense. Aquello, con toda sinceridad, diré que me llenó de curiosidad y deseos de ver lo que con gran euforia había oído comentar. Y en su día volví a Elda para ser testigo de lo que tanto me habían elogiado y expuesto de lo que, yo ahora os digo, es incomparable con otras fiestas típicas lejos de Levante. Y lo que antes era para mí

Los anacronismos en la fiesta (conclusión)

ne el arma de fuego individual no se llegó a alcanzar hasta muchos años más tarde.

Pero estos contrastes de tipos y colores, esta calidoscópica sucesión de imágenes, nos transporta, en presencia del desfile, a los más remotos ambientes y paisajes. Nos distrae, nos entusiasma, y nos llena el alma de fiesta, que es lo que se pretende.

Al paso de tanta brillante comparsería, nos sentimos estudiantes dicharacheros o zingáros errantes, aguerridos morazos o terribles piratas navegantes, cristianos y navarros del más bravo romance o sigilosos jinetes de la serranía. Todo un mundillo festivo y farandulero desfila ante nuestros ojos. Un poco de ilusión nos viene y se nos va con cada traje, con cada estampa evocada por el paso garboso de los comparsistas.

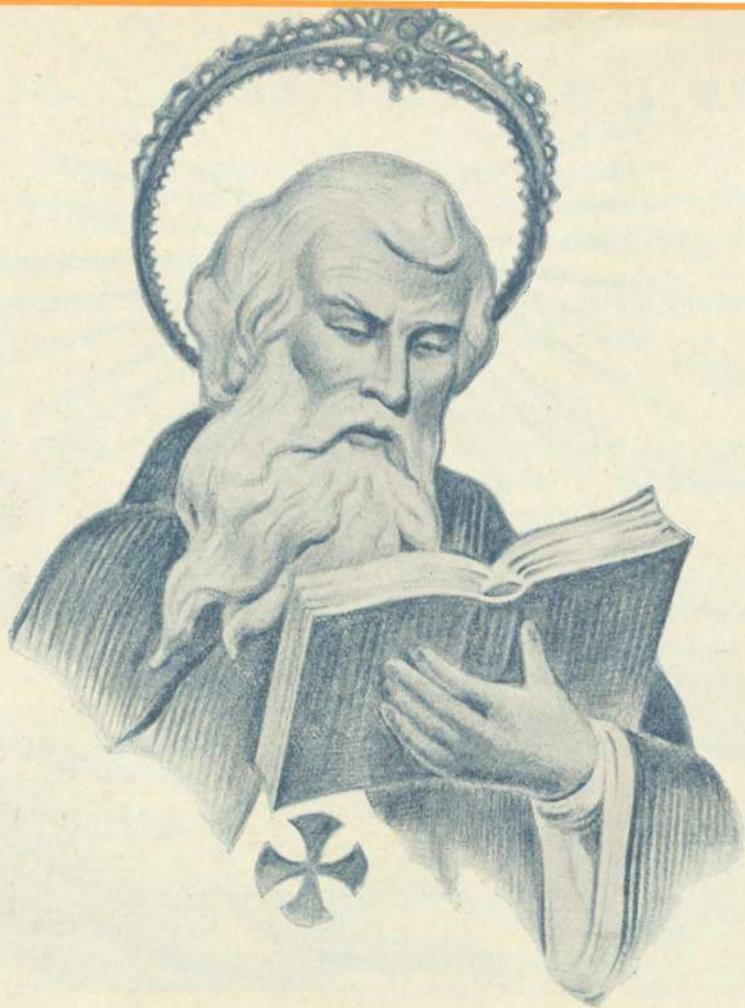
Y ésta es la fiesta y su asombroso anacronismo, señores. Una algarada de deslumbrantes luces y motivos, una cinta de fastuosa fantasía, una despreocupada amalgama de los más peregrinos personajes — moros y cristianos, piratas, zingáros, contrabandistas, navarros y estudiantes — que nos sumerge por unas horas en el mundo dorado de los sueños y los imposibles.

desconocido, desde hace tres años, ya no lo es por fortuna. Y he aquí que, desde entonces, he venido presenciando y presenciaré, si Dios lo quiere, junto a los buenos amigos eldenses, sus inigualables Fiestas de maravilloso espectáculo. Y es más: yo que comencé de espectador terminé por incorporarme como comparsista, al subyugarme, por envidia, a esa emoción y diversión al mismo tiempo, difícil de transmitir a quien no haya vivido esas jornadas festivas, para darle a entender perfectamente el sentimiento hondo que Elda experimenta en esos días.

Cuando escribo estas líneas, lejos de Elda, pienso en el muy próximo instante ansiado en que otro año se va a dejar paso a la fantasía y alegría de unirse cada comparsista a su banda de música para marchar juntos con el desfile inicial por sus amplias calles, desfile que abre la más franca y sana camaradería entre todos los eldenses, sin diferencia de clases. Y muy pronto, las alegres notas musicales se mezclarán con el regocijo de su vecindario, que parece querer saludar y abrir los ojos a los espectadores forasteros, que no aciertan a comprender tanta magnificencia y tanta fe conjuntadas en hechos históricos.

Y ante el claro día levantino, primaveral, de este mes de junio, harán su entrada las comparsas del Bando Moro, tostados, como si lo hubieran sido por el sol implacable del desierto, con sus relucientes vestiduras recamadas de oro y piedras preciosas, al son de tarbukas y flautas, en un paso rítmico y lento típicamente moruno, seguidos de espléndidas carrozas que transportan bellísimas esclavas rodeadas de bajás y negros. Irán a continuación los Cristianos en comparsas llamadas de Zingáros, Navarros y Contrabandistas, luciendo sus componentes los más lujosos atavíos y las más preciadas galas, tras unas bellas abanderadas, representación genuina de la más amplia belleza femenina de Elda, subidas sobre nerviosas cabalgaduras ricamente enjaezadas. Y, entre la seriedad de los soldados representativos de la Cruz, no faltará la alegría y desenfado de la Comparsa de Estudiantes, como nota de optimismo y travesura, que en todo momento da en las calles de Elda, menos en las horas vespertinas, cuando se realiza la pérdida y reconquista del Castillo simbólico, por el que luchan Moros y Cristianos, como lucharon durante ochocientos años.

Y en esos desfiles y en esa guerrilla con la fantasía y vistosidad de sus comparsas, se plasma la mejor admiración de una Fiesta emotiva en Elda, completa de colorido abigarrado y multiforme de las sedas con que se engalanan sus Moros y Cristianos, que subyugan a sus nativos y forasteros, hasta hacer olvidar por completo, durante cuatro días, la afabilidad o sinsabores de la vida cotidiana.



GRANDES FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS
 EN HONOR DE
SAN ANTONIO ABAD

SUMARIO DE LA REVISTA

SALUDO	<i>Por la Junta Central de Comparsas</i>	- Pág.	1
DEDICATORIA		- »	2
ROMANCE DE LA HIDALGUA	<i>Juan Madrona</i>	- »	3
ABANDERADAS	<i>Francisco Mollá Montesinos</i>	- »	4
ZINGAROS		- »	6
ELDA MUSULMANA	<i>Alberto Navarro</i>	- »	7
LA PATRIA CHICA	<i>Antonino Motos</i>	- »	9
MARROQUIES		- »	10
FOTOGRAFIA DE COMPARSA DE NEGROS	<i>O. Porta</i>	- »	11
CINCO TRAJES DE CONTRABANDISTAS	<i>Juan J. Primo Guarinos</i>	- »	12
NAVARROS		- »	13
FUTURAS ABANDERADAS		- »	14
CONTRABANDISTAS		- »	15
ELDA A TRAVES DE MIS GAFAS	<i>Juan M. Ibáñez</i>	- »	16
PIRATAS		- »	18
MUSULMANES		- »	19
FIESTA DE LUZ EN LEVANTE	<i>Ernesto García Llobregat</i>	- »	20
LA FIESTA EN BROMA		- »	22
REALISTAS		- »	23
VOZ POETICA DE LA FIESTA	<i>Grupo "Dahellos"</i>	- »	24
ESTUDIANTES		- »	26
FOTOGRAFIA DE CONTRABANDISTAS	<i>O. Porta</i>	- »	27
CRISTIANOS		- »	28
LOS ANACRONISMOS EN LA FIESTA	<i>Rodolfo Guarinos</i>	- »	29
MOROS Y CRISTIANOS, VISTO Y SENTIDO POR UN MADRILEÑO	<i>R. Latorre</i>	- »	31
JUNTA CENTRAL DE COMPARSAS	<i>Caricaturas de Esteban</i>	- »	33
GUION DE FESTEJOS		- »	34

Junta Central de Comparsas

PRESIDENTES HONORARIOS

Excmo. Sr. Conde de Elda
y D. José Martínez González

PRESIDENTE

D. Pedro Pérez Juan

VICEPRESIDENTE

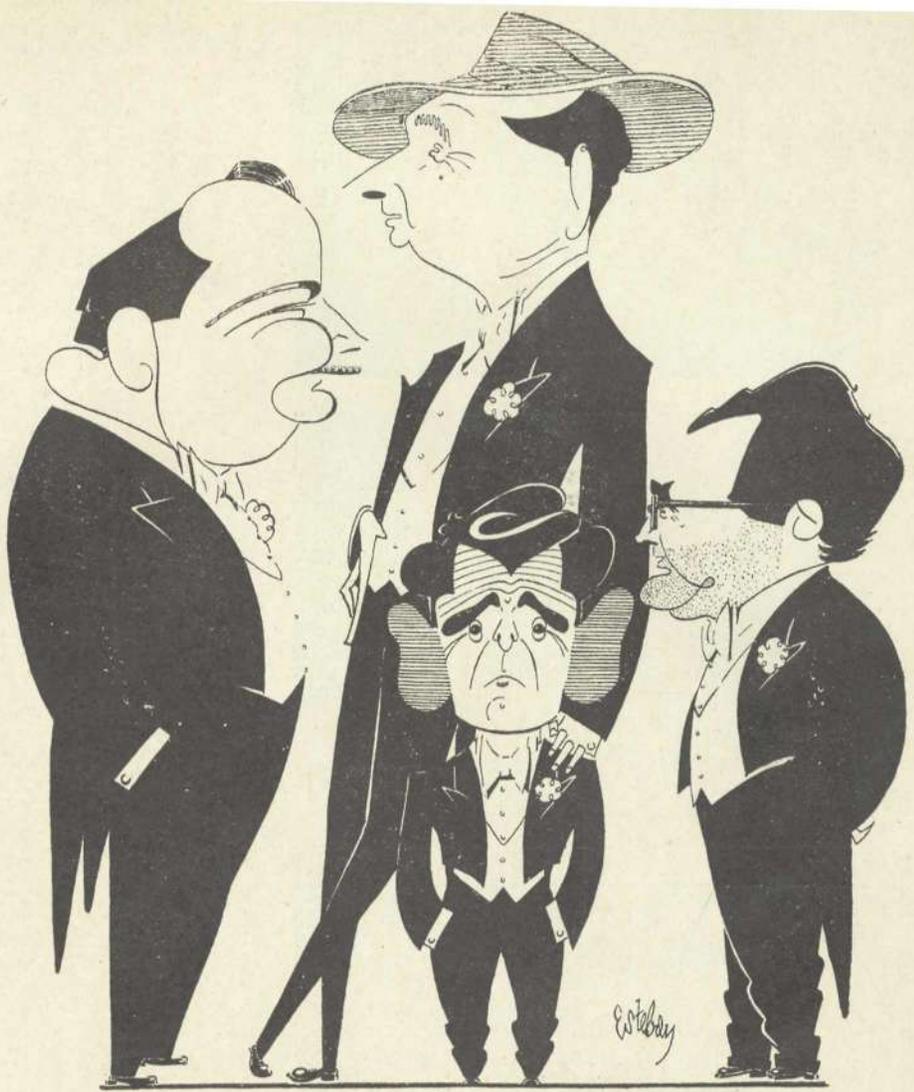
D. Genaro Vera Navarro

SECRETARIO

D. Romualdo Cuallart Cremades

TESORERO

D. Antonio Belmar Navarro



AÑO 1953

BANDO CRISTIANO

CRISTIANOS

Capitán: D. Emilio Agulló Maestre
Abanderada: Srta. Maruja Agulló Maestre

NAVARROS

Capitán: D. Francisco Amat
Abanderada: Srta. Carmen Sánchez

CONTRABANDISTAS

Capitán: D. José M.^a Jerónimo Pérez
Abanderada: Srta. Socorrito Román Cremades

ESTUDIANTES

Capitán: D. Rafael Navarro
Abanderada: Srta. Amalia Navarro Brazal

ZINGAROS

Capitán: D. Pedro García
Abanderada: Srta. Manolita Rizo

EMBAJADOR CRISTIANO

D. Jesús Navarro Hellín

BANDO MORO

MOROS REALISTAS

Capitán: D. Saturnino Navarro Pomares
Abanderada: Srta. Antoñita Juan Ferrández

MOROS MUSULMANES

Capitán: D. Francisco Gil Garrigós
Abanderada: Srta. Laurita Fito Pinos

MOROS MARROQUIES

Capitán: D. Pedro Díaz Burruezo
Abanderada: Srta. Hortensia Román Moreno

PIRATAS

Capitán: D. Francisco Micó Palao
Abanderada: Srta. Carmina Payá Rocamora

EMBAJADOR MORO

D. Francisco Hellín Almodóvar



PROGRAMA

de los festejos y solemnes cultos que se celebrarán en la Ciudad de Elda durante los días 6, 7, 8 y 9 de Junio de 1953 en honor de

SAN ANTONIO ABAD

DIA 6, SABADO

A las siete de la tarde, todas las Comparsas con sus Músicas, Abanderadas y Capitanes, se concentrarán en la Iglesia Parroquial, y en unión de las Autoridades, Jerarquías del Movimiento y Junta Central, se dirigirán a la

Ermita de San Antón

donde se formará la Procesión que terminará en el Templo Parroquial.

A las once de la noche, reunidas las Comparsas con su Junta Central en la Plaza de José Antonio, ofrecerán sus respetos a las Autoridades locales en el Ayuntamiento y, acto seguido, entre los disparos de una traca, comenzará la

Gran Retreta

que, presidida por las Autoridades y Junta Central e integrada por todos los Comparsistas con sus Abanderadas, Capitanes y Bandas de Música, recorrerá las principales calles de la población, terminando en la Gran Avenida, donde se disparará un espectacular

Castillo de Fuegos Artificiales

compuesto por un famoso pirotécnico.

DIA 7, DOMINGO

A las ocho de la mañana, **Grandiosa Diana** por todas las Bandas de Música que, partiendo de la Plaza de José Antonio, recorrerán toda la ciudad.

A las ocho y media, **Misa Rezada**

en nuestro Templo Parroquial, de especial cumplimiento para todos los comparsistas.

A las nueve y media, todas las Comparsas, una vez recogidos sus Capitanes y Abanderadas, se dirigirán a la Avenida de Chapí, en donde dará principio la

Triunfal Entrada de las Comparsas

A las cinco y media de la tarde,

Gran Novillada con Picadores

en la que se lidiarán seis magníficos ejemplares de la ganadería de Jesús Sánchez Arjona, de Salamanca, por los diestros

**Joselito Alvarez, Pepe Luis Méndez
y Rafael Figuera «Armillita»**

A las ocho de la noche, con el disparo de una monumental traca, se iniciará la

Solemne Procesión

en honor de San Antonio Abad, a la que asistirán todas las Comparsas y será presidida por las Autoridades y Junta Central.

A las once de la noche,

Gran Concurso del Pasodoble

en la Plaza de Toros, seguido de una

Monumental Verbena

homenaje a todos los comparsistas. De ambos actos se darán detalles en programas especiales.

A las doce, **Gran Baile de Gala**
en los Jardines del Casino Eldense.

DIA 8, LUNES

A las siete y media, **Brillante Diana**
como en el día anterior, por todas las Bandas de Música.

A las nueve y media, reunidos los ejércitos Moro y Cristiano en la Avenida de Chapí, se verificará un

Fastuoso Desfile

por el mismo itinerario del día anterior.

A las cinco y media de la tarde,

Tradicional Simulacro de Guerrilla

con nutrido fuego de arcabucería y ataque por los Moros a la formación Cristiana, terminando en la Gran Avenida, lugar del emplazamiento del Castillo, donde se efectuará la

Embajada del Moro al Cristiano

y asalto al Castillo, símbolo de la Ciudad, del que serán desalojados todos los Cristianos, quedando en poder de la Media Luna.

A las doce, en los Jardines del Casino Eldense

Gran Baile

amenizado por una gran Orquestina.





DIA 9, MARTES

A las diez y media, las Autoridades, Junta Central y Comparsas, se reunirán en la Plaza de José Antonio, desde donde se dirigirán a nuestro Templo Parroquial para celebrar la

Santa Misa

que, en acción de gracia a San Antonio Abad, le ofrecen los organizadores de los festejos.

Antes de dar comienzo la misma, se hará la piadosa

Ofrenda a la Virgen

de la Junta Central, Abanderadas, Capitanes y sus cortes de honor, quienes postrados de hinojos a los pies de nuestra Excelsa Patrona la Santísima Virgen de la Salud, ofrecerán por el bienestar y prosperidad de la población sus más fervientes oraciones y profusión de artísticos ramos de flores. Terminada la Misa, se organizará la Procesión para llevar al Santo a su Ermita, formando todas las Comparsas con sus respectivas Bandas de Música, Abanderadas y Capitanes, presididas por las Autoridades y Junta Central. Terminada la Procesión, se dirigirán al Hospital Municipal para visitar a los enfermos acogidos.

A las doce y media, en el Casino Eldense,

Gran Concierto

A las tres y media de la tarde, Conciertos y Bailes en diferentes puntos de la ciudad.

A las cinco y media, el Bando Cristiano, reagrupando sus dispersas huestes, se lanzará a un

Encarnizado Combate

contra el Bando Moro, al que perseguirá sin tregua hasta la Gran Avenida, donde se efectuará la

Embajada del Cristiano al Moro

conminándole a que abandone la fortaleza que será, al fin, tomada por los «soldados de la fe» tras encarnizada lucha.

A las once de la noche,

Grandiosos Bailes y Conciertos

en distintos lugares de la población.

A las doce, en el Casino Eldense, un magnífico

Festival con Trajes de Epoca

dará fin a las Fiestas de Moros y Cristianos.

Elda y Junio de 1953.

El Alcalde,
José Martínez González

El Cura Párroco de Santa Ana,
José María Amat

Por la Junta Central de Comparsas:
El Presidente,
Pedro Pérez Juan

